



SS

**SERVICIO
SECRETO**

BRUNO SHALTER
**LA FOSA ESTA
ABIERTA**

LA FOSA ESTA ABIERTA...

BRUNO SHALTER

La fosa está abierta...

1.ª EDICIÓN
NOVEMBRE. 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

El «Magdalena Tribuna» publicaba la noticia en primera página, con una fotografía y titulares a dos columnas:

«MIKE RICHMOND HA REGRESADO A NUESTRA CIUDAD».

En la fotografía se veía a Richmond apeándose del, autobús, el sombrero un poco echado atrás, una gabardina al hombro, una valija en la mano y una vaga sonrisa suavizando los duros rasgos de su cara enjuta y morena. De no ser por su complexión atlética y por el descarado brillo de sus ojos, Richmond se hubiera parecido a Gregory Peck. Siendo como era, no se parecía más que a sí mismo.

Stinker, jefe de policía de Magdalena City, sentado frente a él en una de las butacas de su habitación del «Hotel Playa», le observaba con curiosidad. La expresión de Richmond era impenetrable; no obstante, Stinker tenía la absoluta convicción de que se estaba divirtiendo a su costa. Esto le hacía sentirse de pésimo humor.

—Tome esta visita como una fórmula de cortesía obligada —dijo, uniendo y desuniendo las manos. Stinker era obeso, sufría de cierta propensión a sudar y usaba corbatas de color rojo—. Resulta que es usted un personaje, sobre todo después de haber dado la gran campanada en lo del secuestro de la chica de Fleming. Prácticamente, le tiró de las narices al F. B. I. Debió ser divertido—. Stinker se pasó la lengua por los labios —rescatar a esa morenita de la cabaña de Black-Hand Peak y huir con ella a cuestras montaña abajo, a través del bosque, después de coser a tiros a los dos gorilas

que la custodiaban. ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos hasta que los rurales les encontraron?

—Dos días —repuso Richmond, con su voz grave y vibrante.

—¿Y cuántos millones se le calculan al viejo Fleming?

—Cuarenta.

—¡Cuarenta mil billetes de a mil! —Stinker soltó una carcajada y se descargó una palmada en el muslo—. Buen bocado. Lo raro es que la aventura no terminase en boda.

—Me gustan rubias —dijo Richmond.

El jefe de policía consideró la réplica filosóficamente.

—Depende —suspiró—. Bueno, lo que quiero decirle es que el «Magdalena Tribune» —señaló el ejemplar desplegado sobre la mesa —habló extensamente de todo eso e hizo de usted una celebridad. Pero, hablase o no, yo no olvido una cosa: usted salió de aquí, de Magdalena, hace seis años, expulsado por un tribunal de justicia y bajo prohibición absoluta de volver a poner en el condado los pies. Ahora regresa. Nos ha cogido en un momento muy delicado, a la vista de las elecciones e impotentes para tomar cualquier medida que nos reste popularidad. Es un tanto a su favor: no cometeré la tontería de remover esa basura y armar un escándalo, por supuesto. Aun así, mucho ojo, Richmond. Soy capaz de afrontarlo todo, hasta la posibilidad de una derrota electoral, si me da usted motivos, por pequeños que sean. Se lo advierto. Amistosamente, pero se lo advierto.

—¿Es a eso a lo que ha venido?

Stinker titubeó.

—En el fondo, sí.

—En el fondo, no —saltó rápidamente Richmond—. Usted sabe perfectamente por qué fui expulsado de Magdalena. Yo era amigo de Milo Bates, luchamos en la guerra codo a codo; Milo se había casado y andaba a matar con su suegra; su suegra tenía una granja avícola en Pine Hill. Una noche, Milo, Ted Collins y yo nos juntamos y él nos contó sus desventuras. Por compañerismo, Ted y yo fuimos a la granja, dispersamos las gallinas y le prendimos fuego. Fue algo magnífico, Milo lloraba de agradecimiento. El merecía un gesto así. Hubo que ver lo que su suegra rabió.

Stinker se restregó el abdomen.

—Sí, de acuerdo, una chiquillada. Pero la gota de agua desbordó el vaso. Desde que los desmovilizaron, usted, ese Collins y algunos otros no habían hecho más que beber, meterse en fregados, andar de juerga y liarse a mamporros por tonterías. Era necesario acabar. El jurado demostró clemencia, reconózcalo. Y juez les trató como

un padrazo.

Richmond sonreía.

—Yo tenía veintidós años y me reventaba que se hubiera acabado la guerra —dijo—. Quería vivir; el pueblo me venía estrecho. Solo en estas condiciones se incendian granjas. No tiene usted razón para suponer que siga incendiándolas ahora. Me he desahogado.

—Lejos de Magdalena, afortunadamente.

Richmond se encogió de hombros.

—No sería tan malo cuando en Los Ángeles me concedieron la licencia de detective privado nada más pedirla.

—Esas licencias, en la práctica, a los ex combatientes se las regalaban, o poco menos.

—A «determinados» ex combatientes, amigo.

—Bueno, lo que quiera.

—Pero hay más —Richmond se inclinó, rebuscó bajo la mesilla y sacó una botella de ginebra. Limpió el gollete con la bocamanga y se la ofreció a Stinker, que la rechazó—. Hay más —prosiguió, después de echar un trago—. Mi proscripción de Magdalena era por un plazo de cinco años y terminó hace diez meses. Tengo perfecto derecho a estar aquí. Usted lo sabe.

El jefe de policía enrojeció.

—Claro que lo sé. Pero también sé que, si reincide, irá directo a presidio. Le he prevenido por su bien.

—No —dijo Richmond.

—¿Qué demonio...?

—No se sofoque. Usted no daría un paso por mi bien. Me tiene atravesado desde que regresé de pegar tiros y ustedes, la cascarilla que se había quedado en la ciudad soltando discursos patrióticos y mangoneando en política mientras los demás nos jugábamos la piel, se vieron en apuros para mantener su posición. Lo que usted quiere, Stinker, lo que le ha movido a venir aquí, es sondearme.

—¿Sondearle? —preguntó Stinker, entrecerrando los ojos.

Richmond se puso en pie.

—Venga acá.

Condujo al gordo a la ventana y le señaló un gran panel publicitario, alzado al otro lado de la calle. En él se veía la cara sonriente de un hombre repetida en veinte carteles iguales, cada uno con la inscripción:

«VOTAD A DULLES»

—¿Y bien? —inquirió oscuramente el jefe de policía.

—Digby Dulles y yo éramos carne y uña —repuso Richmond, mirándole cara a cara —y usted quiere conocer mi actitud ante las próximas elecciones. Pues claro, Stinker. Yo tengo muchas simpatías en la ciudad y, como usted dice, a raíz de haber establecido en Los Ángeles mi agencia de investigaciones y de conseguir unos cuantos éxitos, en especial el del caso Fleming, me he convertido en un personaje. El «Tribune» me dedica hoy su primera página. En suma, sería muy engorroso que yo empezase a alborotar el palomar en favor de la candidatura de Dulles.

—Usted está desprestigiado.

—¿Lo dice en serio? Entonces, ¿por qué me amenaza?

—¿Amenazarle yo?

—Salí del cascarón hace mucho tiempo, Stinker, y usted nunca despuntó por su astucia. Tiene Ha sutileza de un elefante. Sí, sí, Stinker, me ha amenazado con remover el fango, aun a costa de afrontar la derrota electoral, si le doy motivo. Es decir, si levanto un poco la voz para proclamar que Digby es un excelente muchacho.

—Yo no he mencionado a Digby Dulles; ha sido usted.

—Por ahorrarle saliva.

—Bueno —Stinker, repentinamente, cuadró los hombros—; si lo plantea así, hablemos claro. ¿A qué ha venido a Magdalena?

—A descansar.

—¿Va a apoyar a Dulles?

—Si lo necesita, ¿por qué no?

—¿Se atenderá a las consecuencias?

—¿Qué consecuencias?

Stinker resopló.

—Gomo, jefe de policía de esta ciudad, estoy facultado para elevar un oficio y conseguir que le retiren la licencia. Solo lo impedirá largándose.

—Yo también estoy facultado para algo —sonrió Richmond.

—¿Usted?

—Para romperle los morros de un tortazo si no me deja en paz.

Stinker se le plantó agresivamente delante. Pero un cierto fulgor que percibió en sus pupilas le puso en guardia. Recordaba aquella expresión de los ojos de Richmond: cuando asomaba, se desataba un ciclón.

Stinker retrocedió hacia la puerta.

—Ya veremos quién puede más, Richmond.

El detective le interceptó el paso.

—Aguarde, quiero darle un recado para su patrón. Dígale a ese

fatuo de Kranz que si está soñando en ser reelegido para la alcaldía, empiece a despertar. Magdalena es mi ciudad natal y, mientras yo pueda impedirlo, no tendrá por alcalde a un cerdo. Creo que esto deja bien clara mi actitud.

—Muy clara —jadeó Stinker—. Richmond, lo siento por usted.

Richmond abrió la puerta.

—¿Vino a averiguar algo más?

—Nada más —replicó secamente Stinker.

Salió y, al cruzar el umbral, se dio de manos a boca con una muchacha que avanzaba por el pasillo.

El encontronazo fue tan brusco que el propio Stinker, con toda su mole, se tambaleó. La joven, mucho más ligera, cayó sentada. Por entre las rollizas piernas del jefe de policía vio Richmond un revoloteo de sedas, unas pantorrillas que se agitaban en el aire y un bolso cuyo contenido se desparramaba sobre la alfombra.

Stinker masculló una maldición y siguió andando.

—¡Mike, sé caballero por una vez! —exclamó la muchacha.

Richmond la contemplaba con la boca abierta.

—¿Me lo dice usted a mí?

—¡Idiota! —ella se levantó ágilmente y se sacudió la falda—. ¿No se te ocurre ni siquiera tenderle la mano a una dama que se ha caído al suelo? ¿Ni aunque la dama sea una antigua compañera de aventuras? —la muchacha se volvió hacia el extremo del pasillo. Stinker se había detenido, en lo alto de la escalera y miraba atrás—: ¡Stinker! —llamó—. ¡Lea esta noche el «Tribune»! ¡Dedico una columna entera a hablar mal de usted y sus subordinados!

—¡Oh! —hizo Richmond. Y rompió a reír, mientras el jefe de policía desaparecía en el recodo—. ¡«Ranita»! ¿Es posible? ¿Tú?

—Recoge mi bolso —le ordenó la joven, pasando con desenvoltura al interior de la habitación—. ¡Qué bobo te has vuelto, chico!

Richmond obedeció y lo dejó todo sobre la mesilla. La muchacha mantenía en alto el ejemplar del «Magdalena Tribune». El detective la tomó de los hombros y la llevó a la ventana para verla a plena luz.

—No, ¡tú qué vas a ser «Ranita» Grant! —dijo— ¿Dónde están las pecas? ¿Quién te ha prestado esa figura a lo Lizzy Taylor? ¿Y esos ojazos? ¿Y esas piernas? ¿Desde cuándo «Ranita» se perfuma así?

Ella, a su vez, le examinaba a él detalladamente.

—¡Mike, pero si tienes cabellos grises en las sienes! ¡Si te has vuelto hasta interesante!

Richmond la ciñó por la cintura, riendo quedamente, y la trajo hacia sí. La muchacha rodeó su amplio torso con los brazos, apoyando la cabeza en su pecho.

—Menuda sorpresa.

Ella habló sin mirarle:

—No podía creer que regresaras de verdad.

—Menuda sorpresa —insistió Richmond—: «Ranita» Grant convertida en una mujer. La última vez que te vi vestías pantalones de «cow-boy» y estabas subida en un árbol comiendo manzanas. Parecías un gato despeinado.

—Esa no fue la última vez.

—¿No?

—Me viste en el autobús, el día de tu marcha. Fuimos todos a despedirte, ¿recuerdas? Me diste un beso en cada mejilla.

Richmond inclinó la cabeza y la besó.

—¿Así?

Ella se apartó bruscamente. Apenas lo dejó traslucir, pero se había turbado. Sonrió. Le brillaban los ojos.

—Mike, tú eres para mí un héroe, el hombre más maravilloso del mundo —dijo—. No creo que nunca nadie te haya admirado como yo te admiré. Y no lo merecías. Fuiste un salvaje. Dios sabe lo que hubiera pasado si no te expulsan de la ciudad.

Richmond fue a sentarse en un sillón y levantó la botella de ginebra.

—¿Un trago para celebrar mi regreso?

—Venga ese trago.

Los dos bebieron. Richmond seguía observándola.

Era una muchacha de movimientos gráciles, esbelta, bien formada. Sus largas piernas, su pecho arrogante y su estrecha cintura la hacían parecer más alta de lo que era en realidad. Su cara ovalada tenía una expresión increíblemente viva, maliciosa, pero con un reflejo como de ternura asomando de vez en cuando a sus azules ojos. Su cabello era un casco de cortos rizos rubios. A Richmond se le antojó extremadamente bonita y, además, sensible, como si fuera toda naturaleza. Aquellos seis años habían obrado en ella un prodigio. Richmond calculó que tenía quince años cuando él abandonó la ciudad. Ahora andaría por los veintiuno.

Respiró hondo.

—¿Sigues viviendo en el mismo sitio? —preguntó.

—En el mismo: pared por medio con tu antigua casa. Todavía está abierta la brecha en el muro.

—¿Y tus padres?

—Rabiando por verte.

—¿Aun te baña Nana en el jardín? ¿Aún escapabas de ella y corres desnuda por el césped y armas el gran escándalo y acabas clavándote una espina en un pie?

La muchacha enrojeció.

—¡Mike! ¿Cuánto hace de eso?

—Yo qué sé.

—Lo menos quince años. No lo verías cuando volviste de la guerra, ¿verdad? Aprendí muy pronto a bañarme sola.

Richmond le revolvió el cabello con la mano.

—Uno confunde las épocas en cuanto empieza a envejecer. Después de la guerra todo fue muy distinto, ciertamente. Sospecho que no te presté demasiada atención. Me preocupaban otras cosas.

Ella asintió, mirándole a los ojos.

—Te habías hecho un hombre y yo era una mocosa, Mike. Pero no me importó. Hubo tiempos mejores. Cuando me llevabas al bosque a cazar osos, por ejemplo. Yo tenía ocho o nueve años y tú quince. Eras bueno conmigo.

Richmond sonrió.

—En el bosque nunca ha habido osos.

—Los había, bastaba que tú lo dijeras. Eras noble, fuerte, valiente y no podías mentir. Si me cansaba, me volvías a casa a hombros. Todo eso nunca lo he olvidado.

El detective se llevó la botella de ginebra a los labios.

—Eres una romántica, «Ranita».

La muchacha inclinó la cabeza.

—Sí —repuso.

Y en aquel momento emitió el teléfono un campanillazo.

CAPÍTULO II

Richmond descolgó el auricular.

—¿Mike Richmond? —preguntó una susurrante voz femenina.

El detective sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Aquella voz despertaba en él un mundo de sensaciones. Oyéndola, los recuerdos le abrumaron. Parecía imposible que tanto tiempo y tantas cosas ocurridas desde que sonó por última vez no hubieran llegado a inmunizarle. Se maldijo por tonto.

—¿Quién habla? —replicó, aunque lo sabía perfectamente.

—Rhea.

—¿Rhea qué?

—Rhea Masters.

La muchacha le observaba, atentamente. Richmond cubrió el micrófono con la mano y anunció:

—Es Rhea Masters.

—¿Esa? —repuso ella, en tono duro.

—Bienvenido a Magdalena, Mike —dijo la voz, por teléfono—. He visto tu foto en el periódico y he leído todo lo que «Ranita» cuenta de ti. Ha puesto el corazón en los elogios, se le conoce. Pero, en fin, celebro que hayas vuelto y que la vida se te haya dado bien en Los Ángeles. Lo merecías.

—Gracias.

Los dedos de Richmond oprimían el aparato.

—Tú llegada ha sido casi providencial —continuó la voz—. He pensado si podrías venir a verme esta tarde. No solamente porque tengamos tantísimo de qué hablar, es que estoy en un apuro. No quiero molestarte, Mike, pero te lo agradeceré. ¿Te queda un cuarto de hora disponible?

Richmond titubeó.

—Quizá.

—La amistad tiene sus exigencias.

—¿Qué amistad?

—Oh, pues la nuestra.

—Rhea, tú y yo nunca fuimos amigos.

La voz le reconvino suavemente:

—Vamos, Mike, vamos, no conviene exagerar.

Richmond se sintió tentado de colgar el teléfono, pero hizo un esfuerzo y, paulatinamente, se dominó. La tensión de sus músculos

desapareció poco a poco.

—Está bien. ¿Dónde vives?

—Al extremo de la Avenida Bellevue, en una casa nueva.

—Iré en cualquier momento. ¿No tiene número la casa?

—Oh, sí, el ciento doce. Pero todo el mundo la conoce, es inconfundible.

—¿Por qué? ¿Está pintada de algún color especial?

—Tú ven, Mike. Hasta luego.

Richmond colgó y se volvió hacia la mesilla. La muchacha, que tenía la botella en la mano, la ocultó detrás de su cuerpo en cuanto lo vio aproximarse.

—No —dijo— no beberás. Parecería una cobardía... Hay que afrontar los recuerdos, lo mismo si son buenos que malos.

—¡Trae acá! —le ordenó el detective abruptamente.

Ella leyó en su cara que no era momento apropiado para bromear y le tendió la botella. Richmond bebió un largo trago. Se limpió los labios con el dorso de la mano y respiró fuerte.

Hubo un silencio. Después, Richmond empezó a sonreír.

—Lo siento, «Ranita». Tienes razón: los recuerdos hay que afrontarlos. Al fin y al cabo no son más que recuerdos. Rhea ni siquiera es digna de que se beba por ella.

La joven le observaba.

—No entiendo cómo ha tenido la desfachatez de llamarte.

—Dice que está en un apuro.

—¿Un apuro? Oh —la muchacha asintió— puede que sea verdad. No se trata exactamente de un apuro: anoche entraron ladrones en su casa. Será por eso.

—O con eso como pretexto. ¿Qué ha sido de su vida? ¿Se lleva bien con Mel Burrows?

—No se lleva con él de ningún modo.

—¿Qué?

—Se divorciaron hace año y medio. Ella volvió a casarse hace un año con Percy Wiggins. Wiggins —la muchacha bajó la voz—; tiene mucho más dinero que Burrows.

Una sombra se extendió por el rostro de Richmond.

—De buena me libré. Me tocó la lotería el día que Rhea me dio la patada. Hubiera sido un infierno.

Lo habría sido de todos modos, pensó. Rhea Masters era alta, majestuosa, blanca, de cabello cobrizo, labios carnosos y ojos rasgados. Un monumento de belleza. Un ser nacido para el amor, que brindaba un estallido de pasión en cada uno de sus besos. Se habían amado frenéticamente, con el primer fuego de la juventud,

hasta que se interpuso la guerra y él hubo de partir. Rhea tuvo, de una parte, a nobleza de seguir escribiéndole las mismas palabras que susurró a su oído; de otra, la crueldad de mantener sus ilusiones a sabiendas de que estas iban a ser vanas. Solo cuando Richmond regresó le dijo la verdad. La guerra los había madurado a los dos. Era ella la mujer más hermosa del condado, y la belleza, es el capricho más caro del mundo. Vendió la suya a Mel Burrows, que tenía cuarenta años, un buen barrigón y una fábrica de embutidos. El día que se casaron, Richmond cogió una borrachera que le duró una semana.

—Lo siento, Mike —dijo «Ranita» Grant. Richmond rio.

—¿Por qué vas a sentirlo?

Sí, ¿por qué? Wiggins había sucedido a Burrows y otro le sucedería a él. La escala del dinero tiene infinitos peldaños; tantos, por lo menos, como la escala de la indignidad. Richmond se acordaba perfectamente de Percy Wiggins: seis años antes era ya un viejo baboso, al que veía pasear en su «Studebaker» negro con un cigarro habano en el hocico; pero era también el hombre más rico de Magdalena, y con dinero se consigue todo, hasta juventud.

El detective alzó los hombros.

¿Qué fue lo que dijo Rhea de que tú habías puesto el corazón en los elogios que me dedicaste a mí? ¿Qué le has contado?

«Ranita» agitó el ejemplar del «Magdalena Tribune».

—¿A ella? Nada. Debía de referirse a esto. Lo he escrito yo.

—¡Tú!

—¿Pues qué creías? Me he graduado en la Escuela de Periodismo con el número uno de mi promoción.

—¡«Ranita» periodista! ¡Dios se apiada del viejo «Tribune»!

—¿Qué pasa? Mi colaboración ha aumentado la tirada en mil quinientos ejemplares, según registro oficial.

—Asombroso. ¿De modo que has sido tú quien me ha estado dando bombo, quien hinchó el caso Fleming, quien me ha recibido echando las campanas al vuelo?

—Sí, yo. Esta mañana envié al fotógrafo a tomar tu llegada. No pude asistir en persona, y lo sentí. Hubiera querido retratarme dándote la bienvenida. Creo que lo merezco.

Richmond atrajo a la muchacha por los hombros y la besó en la punta de la nariz.

—Tú mereces mucho más. Pero toda esa publicidad no les ha gustado a Stinker y al alcalde, «Ranita». Los coloca en mala situación ante las próximas elecciones. Yo era gran amigo de Digby Dulles y es de suponer que me pondré a su lado, lo cual podría

influir en la opinión pública después de la cantidad de papel que me ha dedicado el «Tribune». Stinker ha intentado coaccionarme: me ha amenazado con retirarme la licencia, si armo ruido en favor de Digby.

—¿Puede hacerlo?

—Mientras me encuentre en su jurisdicción, sí. A la muchacha se le había encendido el rostro —Mike, ¿me autorizas a publicar eso?

—¿El «Tribune» apoya a Digby?

—¡Claro que le apoya! Kranz y Stinker tienen su propio periódico: el «Star», un papelucho indecente patrocinado por Percy Wiggins y el grupo de ricachones que nos impusieron al alcalde en las elecciones pasadas. Kranz en el municipio ha representado para ellos un montón de oro, no se lo dejarán arrebatarse si no es por la fuerza. Habrá que luchar de firme para vencerles.

—Muy bien, «Ranita», adelante. Publica lo que gustes.

—Hay también algo relacionado con esto de lo que quería hablarte.

—¿Y es?

—Me gustaría que cenaras esta noche con Digby Dulles.

Richmond arrugó el entrecejo.

—Nena, he venido a Magdalena a descansar. Mi simpatía, por supuesto, está con Digby, pero, si no es imprescindible, preferiría no inmiscuirme en política así, tan directamente.

—¿Le tiene miedo a Stinker?

—No digas bobadas.

—Es que sería, de mucho efecto, Mike, piénsalo. Llegas esta mañana, sale tu roto y hablo de ti en la edición de mediodía, y por la noche ya cenas con Digby Dulles en el restaurante más popular de la ciudad. Mañana daría el gran golpe el «Tribune»: unas fotos de la cena, unos titulares, unas declaraciones tuyas. Te necesitamos, ¿comprendes? El grupo que respalda a Kranz es demasiado fuerte, hemos de valernos contra él de cualquier arma.

—Esa idea, ¿ha salido de ti?

—Se la he sugerido a Digby y él la ha aprobado.

Richmond reflexionó.

—Me agradaría charlar con Digby —admitió pero a solas. Él y yo mano a mano, sin equipos electorales alrededor. Como lo que somos: dos viejos camaradas.

La muchacha recogía de la mesilla los objetos que cayeron de su bolso cuando tropezó con Stinker y los volvía, a su lugar.

—De acuerdo —dijo— cenaréis solos. Conmigo.

—Puede que la conversación no sea apta para los oídos de una adolescente.

—No soy una adolescente, soy una periodista. Tengo el deber de oírlo todo.

—¿También lo que comentan y lo que evocan dos juerguistas después de seis años de no verse?

«Ranita» había cerrado el bolso y, con él bajo el brazo, se encaminaba a la puerta.

—Eso, muy en particular. Hasta pronto, Mike. Avisaré a Digby. Pasaremos a buscarte por aquí. ¿A qué hora?

—A las ocho.

—Mike.

—¿Qué?

La muchacha, con la puerta abierta, se había detenido en el umbral.

—Si tuviera el más mínimo derecho a hacerlo, te pediría que no fueras a ver a Rhea Masters.

—¿Va a comerme? —sonrió el detective.

—No digo que no.

Richmond avanzó hasta situarse frente a ella. Le cogió la cara entre las dos manos y miró al fondo de sus ojos.

—Me ha hecho mucho bien encontrarte, «Ranita» —articuló—. Más de lo que supones. Uno necesita, de vez en cuando, regresar a la época en que llevaba a una chiquilla a cazar osos y la devolvía a casa en hombros cuando se cansaba. Es como purificarse.

No, tío temas por mí. Volveremos a cazar osos cualquier día.

—Quiero oírtelo después de que hayas visto a Rhea.

—Lo oirás —dijo él.

Y se inclinó para besar sus labios.

CAPÍTULO III

En cuanto la vio comprendió Richmond por qué había dicho Rhea que su casa era inconfundible: no había otra mayor, más lujosa y más moderna en la ciudad. Su verja se alzaba al extremo de la Avenida Bellevue, donde terminaba la zona residencial de la población y empezaba el bosque que un poco más allá escalaba las suaves laderas da Pajarito Ridge. Tenía un pabellón para el portero —quien avisó por teléfono la llegada del detective antes de franquearle la entrada a este—, un inmenso parque, un espacio de vivo y vigoroso césped, un campo de tenis, unas construcciones accesorias, una cuadra, un garaje y una piscina. El edificio en sí tenía forma de L acostada y era un extraño conjunto de bosques y plataformas. Saltaba a la vista que el arquitecto que lo proyectó atendió tanto a la originalidad de sus líneas como a su armonía con el paisaje. Richmond, como único término de comparación, pensó en alguna de las últimas residencias construidas en Hollywood. Junto a ellas, la de Percy Wiggins no hubiera desmerecido en absoluto.

Rhea le esperaba en una pequeña habitación de paredes color verde mohó, con muebles rústicos y anaqueles llenos de libros, abierta a una terraza. El «boy» japonés que acompañó a Richmond se retiró dejándole en la puerta. Richmond sintió un cosquilleo en el estómago. Había estado preguntándose cómo sería Rhea ahora, qué habrían hecho con ella los años.

Y ya obtenía la respuesta: los años habían dado una calidad deslumbrante a su hermosura, la habían convertido en una mujer literalmente excepcional. Debieron ser, además de los años, el lujo, los cuidados, el dinero, el regalo, o acaso el sentimiento constante de la ambición cumplida; fuera lo que fuese, Rhea aparecía como una obra perfecta y todavía encendida por una especie de llama interior que hacía su belleza más hiriente.

Richmond se quedó parado, mirándola. Vestía una prenda ambigua blanca y roja, deliberadamente destinada a valorizar su cuerpo y el tono claro y mate de su piel. Brillaba el cobre de su cabello como si se le hubiera quedado prendido un rayo de sol. Tendida en un sillón extensible, gozando frente a la terraza del primer fresco de la tarde, por su actitud lánguida, por el lujo en que estaba envuelta, por sus brazos y sus piernas desnudos asomando

entre los pliegues del vestido blanco y rojo, se le antojó a Richmond la imagen de una cortesana bíblica o de una legendaria sultana oriental. Y había, ciertamente, algo oriental, algo de una sensualidad exótica en la sonrisa acogedora de sus firmes labios, en el fulgor de sus ojos, en el molde mismo de su cara, que había vuelto hacia él para, en silencio, darle la bienvenida.

Richmond se mordió los labios.

—Bueno, aquí estoy —dijo después.

Ella le tendió una mano. Tenía al lado una mesa larga y baja, con botellas, vasos, un cubo de hielo, una caja y un libro.

—Ven, acerca un sillón, Mike. Quiero verte.

Richmond le estrechó la mano, arrastró el sillón y se sentó. Estaba incómodo: la proximidad de la mujer, el cálido perfume que trascendía de ella, la misma inmensidad de su hermosura, todo le incomodaba.

—¿Y tu apuro? —preguntó.

Rhea le examinaba concienzudamente y no pareció oírle.

—Mike, no eres el de antes —declaró—. ¡Qué asombroso, cómo has cambiado! ¿Cuántos años han sido? ¿Siete?

—Seis.

—Fíjate, una eternidad.

Richmond iba recobrando el control de sus nervios.

—A ti, la eternidad te ha sentado de maravilla.

Ella se inclinó hacia la mesa y el detective tuvo ocasión de observar de qué modo había perfeccionado sus movimientos, inteligentemente, para dar el máximo realce a su gracia natural. Aquello era también fruto de los años, de la experiencia. Cosas así debieron de serle sumamente útiles para echarle el lazo al viejo y ladino Percy Wiggins.

—¿De veras me encuentras bonita? —preguntó Rhea. Y, sin esperar respuesta, añadió—: ¿Qué bebes?

—Ginebra.

Manipuló las botellas, llenó un vaso y se lo tendió a Richmond.

—Tú decías siempre algo muy divertido relacionado con la ginebra —recordó, mirándole de reojo.

Richmond no se inmutó.

—Que había entre la ginebra y el agua la misma diferencia que entre tus besos y los de cualquier otra mujer.

—Eso —asintió Rhea, complacida.

—Lo decía de boquilla —añadió el detective—. Entonces había conocido muy pocas mujeres.

Ella rio.

—Ahí se nota que, en el fondo, no has cambiado. Pero me gusta verte tan hecho, Mike. Es una alegría para quienes te soportamos cuando eras solo un chico medio chiflado.

Richmond sacó un paquete de cigarrillos y, sin ofrecerle a la mujer, se puso uno en la boca y lo encendió. Su mirada había adquirido una luz burlona.

—Hablemos claro, Rhea.

—¿Más claro aún?

—Yo no tenía la menor intención de visitarte. He venido porque estás en un apuro, pero empiezo a dudarlo.

Ella hizo un gesto de hastío.

—Oh, muy bien, sí, estoy en un apuro y necesito tu ayuda. Me refiero a tu ayuda profesional y, naturalmente, en las condiciones que a ti te convengan.

—¿No sabes que paso en Magdalena mis vacaciones?

—¿Eso significa una negativa?

Richmond cogió el vaso de ginebra y lo olfateó.

—Mira, Rhea, sé franca y confiesa que únicamente me has llamado para darte el capricho de ver qué cara ponía al encontrarte en esta jaula dorada. Estupendo, tu viejo Wiggins te trata como a una reina y estás más guapa que nunca; pero dejemos lo demás, gracias por la ginebra y adiós.

Ella extendió la mano y la apoyó en su antebrazo.

—No, Mike, el apuro existe.

—Me han dicho que anoche te entraron ladrones en casa. ¿Es esto?

—Entraron y robaron.

—Cuestión de la policía.

—La policía, aquí, es una farsa más, ¿no comprendes? Percy denunció el robo, pero dudo que, ni tratándose de él, de alguien de su influencia, se consiga el menor resultado.

—No importa. Yo no puedo enfrentarme a Stinker en una investigación. Solo esto faltaría.

—¿Por qué?

—Lo sabes de sobra: soy amigo de Digby Dulles, se acercan las elecciones y el equipo del alcalde se muere por expulsarme otra vez de la ciudad.

—Si tú no quieres, nadie se enterará de que trabajas en el caso. Hazlo, Mike. Quiero recobrar lo que he perdido. Como sea cierto la mitad de lo que acerca de ti ha contado el «Tribune», lo conseguirás en un abrir y cerrar de ojos.

Richmond titubeó.

—¿De qué se trata?

—Mi marido colecciona tabaqueras. Anoche le robaron todas las que tenían algún valor.

—¿Artístico?

—No, monetario: plata, oro, platino, piedras preciosas. Según Percy ha calculado, el robo equivale a unos ochenta mil dólares de pérdida.

Richmond silbó.

—Hace muchos años se oía hablar ya de la manía de Wiggins por las tabaqueras. Pensé que era una tontería de viejo ocioso. De modo que ochenta mil dólares, ¿eh?

Rhea asintió.

—Se ha llevado un disgusto gordo —rio— tan gordo como si me hubieran robado a mí. Mike, ¿nos echarás una mano?

—Si no me compromete, sí; pero te anticipo que, en cuanto Stinker lo tome por la tremenda, me desentiendo de todo.

—De acuerdo—. Rhea saltó ágilmente del sillón extensible—. Aguarda un momento.

Abandonó la habitación. Richmond se quedó solo, con la mirada fija en el lugar que ella ocupó hasta entonces, pensando. Se daba cuenta, con alivio, de que las emociones habían muerto dentro de él. Ver a la mujer le producía a la vez un goce y una inquietud, pero era el goce y la inquietud naturales en quien contempla el acabado perfecto de una obra de Dios. Lo demás había terminado.

Rima regresó con unas hojas mecanografiadas.

—Es una relación de las piezas desaparecidas, extraída del catálogo de Percy. La policía tiene otra igual.

Richmond la tomó y la estudió en silencio.

—Hay algo que no comprendo bien —declaró.

—¿Y es?

Ella, había vuelto a tenderse en el sillón y jugaba con los pliegues de su ropa.

—¿Por qué eres tú y no tu marido quien se ocupa de esto?

—Percy ha tenido que salir hacia San Diego esta mañana—. Rhea le miraba fijamente—. Sé que la iniciativa que he tomado no le disgustará.

—No estés tan segura. Con las elecciones de por medio, Wiggins y yo vamos a ser enemigos.

—¿Tanto te importan las elecciones?

—Me importa el futuro de esta ciudad—. Richmond contaba las tabaqueras anotadas en la relación—. Veinte —dijo—. El ladrón sabía lo que vino a buscar; debió necesitar una maleta o un saco.

¿Sospechas de alguien? ¿El servicio?

—El servicio está descartado. En esta casa, quien menos, lleva casi diez años con Percy. Y mi doncella se dejaría despellejar por mí.

—¿Alguna pista?

—Abrieron limpiamente la ventana de la sala donde Percy tiene sus vitrinas. Fueron directos al objetivo, no creo que les ocupara mucho tiempo.

—¿No hay dispositivos de alarma?

—Percy nunca temió que le robaran. Aquí, en Magdalena, estas cosas no suelen ocurrir.

—Pero ocurren. No es el primer caso.

—Ocurrían hace años, Mike. Ahora, este es un lugar tranquilo, y no precisamente porque la policía se haya impuesto. Se ha vuelto tranquilo poco a poco.

—Especialmente desde que yo fui expulsado sonrió Richmond.

—Pues sí.

El detective apuró la ginebra y se levantó.

—Bien, vamos a ver esa ventana.

Rhea le condujo a una gran habitación rectangular dispuesta como una sala de museo, con un sistema de vitrinas iguales adosadas a las paredes. Pulsó unos interruptores y las vitrinas se iluminaron con lámparas fluorescentes ocultas a la vista. Todas estaban llenas de chismes inútiles e intactas, salvo una. Esta, absolutamente vacía, mostraba un orificio en el cristal, de unos treinta centímetros de diámetro, abierto con extraordinaria pulcritud. Richmond lo examinó detenidamente.

—¿Qué ha dicho de esto la policía? —preguntó.

Rhea, en pie detrás de él, insertaba un cigarrillo en una larga boquilla.

—Que es obra de un experto.

—Lo es. ¿Y la ventana?

La mujer se la mostró. El cierre había sido saltado casi sin ni siquiera arañar la pintura.

—Un juego de niños —dijo el detective—. No hubiera sido más fácil entrar de haber estado la ventana abierta. Pudo forzarse con un simple cortaplumas.

Richmond alzó la ventana, pasó una pierna por encima del alféizar y salió al exterior. Rhea le oyó buscar entre los rosales y remover la hojarasca de un seto de rododendros. Luego regresó por el mismo camino. Su rostro anguloso expresaba concentración.

—¿Se ha visto a algún intruso rondando la casa recientemente?

¿Acaso a un hombre alto, pesado, de cara ingenua, rubio y bonachón? ¿Habéis preguntado a los criados?

La mujer se quedó unos segundos mirando con la boca abierta.

—¡Mike! —exclamó—. ¿Has aprendido eso de Sherlock Holmes?

—¿Es así?

—Sí, Stella le describió exactamente igual a los agentes. Le encontró hace un par de días en el parque contemplando la casa.

—¿Es algún conocido? ¿Ha estado aquí?

—No.

—Sin embargo, se sabía de memoria en qué habitación y en qué vitrina estaban las tabaqueras de valor. ¿Llevaban dispuestas así mucho tiempo?

—Años.

—¿Las más valiosas todas en una misma vitrina?

—Las más valiosas, sí. Pero, Mike, ¿cómo es posible...?

—Ese hombre dejó una huella de sus zapatos en la tierra blanda, a este lado del seto. Es la huella de un hombre alto y pesado. Había en Magdalena, hace seis años, un cierto Ernie Loring que sirvió durante la guerra en los «racers» y que antes había sufrido tres condenas por desvalijar pisos; era alto, pesado, de cara ingenua, rubio y bonachón. Hace cuatro años le metieron en la cárcel. Si ha salido y ha vuelto a la ciudad, el autor del robo es él.

Rhea miró al detective con asombro.

—¿Lo afirmas, Mike?

—No, claro, es una simple suposición. Pero esto es trabajo de profesional, y en Magdalena no abundan los profesionales. Veré lo que se sabe de Ernie Loring.

La mujer pestañeó.

—Empiezo a creer que los adjetivos que te dedica «Ranita» Grant en el «Tribune» no son exagerados. Richmond anduvo lentamente hacia la puerta.

—Lo son —dijo, mientras Rhea apagaba las luces de las vitrinas—. No presumo de genial, solo de conocer el oficio. No es un mérito.

La sala quedó sumida en la claridad tierna del crepúsculo. Richmond coincidió en la puerta con la mujer. Ella tenía la mano sobre el tirador.

—Mike, te quedarás a cenar.

—Lo siento, tengo una cita con Digby Dulles.

Rhea le obstruía el paso.

—Entonces, vuelve mañana. Necesito hablar contigo de muchas cosas. Percy seguirá en San Diego hasta el jueves. Hasta el jueves,

¿oyes?

Richmond sonrió burlonamente.

—Un detective privado no es un millonario, querida. Si quieres cambiar de marido, ¿por qué no vas a la caza de un Vanderbilt?

—Mike, no tomes las cosas por lo que no son.

Suavemente, Richmond la apartó de sí y de la puerta.

—Eres demasiado hermosa, Rhea. Ve con cuidado. Una mujer hermosa siempre acarrea complicaciones, pero lo peor es cuando se las acarrea a sí misma. Tendrás tu investigación y nada más.

—Mike, recuerda...

Él le dio un cachetito amistoso.

—No puedo recordar, dulzura. Ha pasado ya demasiado tiempo. Adiós.

CAPÍTULO IV

Digby Dulles tenía la sonrisa propia de un político y la vehemencia, la sinceridad y la riqueza de ideales típicas de un colegial. Su sonrisa quedaba muy bien en las fotos, pero él aún no se había acostumbrado al destellar del «flash» y casi siempre ponía cara de circunstancias.

La cena había sido un éxito, aunque le faltase la espontaneidad de la cosa imprevista, del encuentro amistoso. Más que de sus recuerdos comunes, Dulles y Richmond hablaron de lo ocurrido en la ciudad durante los años de ausencia del segundo. La opinión pública, para Dulles, había madurado, y era el momento de dar a la antigua administración el gran puntapié. Por primera vez se respiraba un ligero ambiente de libertad, y también por primera vez la gente opinaba según su propio criterio, sacudiéndose el yugo de los caciques.

Estos caciques, que formaban el grupo de grandes industriales de Magdalena, habían tomado durante la guerra, las riendas del poder, situando en los puestos clave de la ciudad sus hombres de paja: Kranz, el alcalde, sobre todo, y Stinker, el jefe de policía. Sin interrupción mantenían desde entonces la preeminencia, pero el triunfo nacional de Eisenhower y el Partido Republicano había debilitado mucho su posición, casi tanto como el natural desgaste que produce el usufructo prolongado de la autoridad, y las inminentes elecciones municipales se auguraban difíciles para la camarilla. Era tiempo, porque el equipo que respaldaba y, entre bastidores, presidía Percy Wiggins había amasado a costa de la ciudad considerables fortunas.

Y Richmond sabía que Digby Dulles no iba a amasarla. Lo dijo así, entre otras muchas cosas que «Ranita» Grant anotó para su periódico. Funcionó el «flash», se bebió generosamente, se grabó una entrevista magnetofónica para la radio y la cena terminó de modo sumamente feliz.

—Tengo algo que os ayudará —dijo Richmond cuando, después de despedirse de Dulles, se sentó junto a «Ranita» en el «Pontiac» descapotable de la muchacha—. Es el asunto de Rhea; le han robado ochenta mil dólares de tabaqueras a su marido y, si acierto a aclararlo antes que la policía, el tanto, prácticamente, lo habrás ganado tú en favor de Digby.

«Ranita» puso el coche en marcha y lo dejó rodar pesadamente calle abajo.

—¿Hay esperanzas?

—Sí. Depende de lo que la policía haya hecho, pero las hay. Te lo advierto para que empieces a exprimir el limón. Ni una palabra acerca de que yo intervengo en el caso, eso no: habla del robo, remacha los detalles, hínchalo, pregunta qué ha hecho Stinker, precisamente siendo el perjudicado uno de sus protectores, ¿entiendes? Si me mencionas a mí se verá el juego demasiado claro y todo se irá a paseo.

—De acuerdo.

—No obstante —añadió Richmond— puede ocurrir que encuentre algo importante con tiempo de alcanzar vuestra edición de mañana. ¿A dónde quieres que te lo comunique?

—A la redacción.

—¿Hasta qué hora estarás allí?

—Si tú quieres, hasta que entremos en máquina: las cuatro.

—Espera a que te diga que sí o no. No será tan tarde.

El «Pontiac», dobló hacia Lafayette Boulevard donde estaba el edificio del «Tribune».

—¿Vas, a trabajar ahora? —preguntó la muchacha.

—Sí.

—¿Puedo saber en qué?

—¿Conoces a una mujer llamada Stephanie Wilson?

—No.

—Ya supongo que no. Quiero hablar con ella —el rótulo luminoso del periódico surgió por encima de las farolas del alumbrado público—. Déjame aquí, seguiré a pie.

«Ranita» aplicó los frenos.

—Mike —dijo.

—¿Qué pasa?

—Esperaba estar a solas contigo para preguntarte cómo han rodado las cosas con Rhea.

—Maravillosamente. Me ha servido en bandeja una ocasión de pisarle las elecciones a su propio marido, ya puedes verlo. También me ha servido la de pisarle algo más, pero no la he aceptado.

—Por ahora.

Richmond rio. Abrió la portezuela.

—«Ranita», mañana iremos tú y yo a cazar osos —dijo.

Besó rápidamente a la muchacha y se apeó. Permaneció inmóvil en la acera mientras el «Pontiac» se alejaba hacia la zona de aparcamiento del «Tribune», luego volvió atrás y tomó por una calle

lateral a cuyo extremo refulgían las muestras de los clubs nocturnos, de los restaurantes y de los teatros de Constitution Square.

Más allá de Constitution Square, en súbito contraste con el lujo relativo de sus locales de placer, comenzaba el barrio mejicano. Richmond, caminando perezosamente, se introdujo por la calleja salpicada a trechos de faroles rojos. Los pocos hombres que transitaban se mostraban gesticulantes y apresurados. Apenas se veían mujeres; más bien sus sombras se adivinaban guarecidas en los portales, y, a veces, la brasa de un cigarrillo iluminaba brevemente sus rostros. Los bares tenían allí puertas batientes que dejaban salir risotadas, canciones y la música inconfundible de las gramolas automáticas, con un hedor impreso de humanidad hacinada, sudor, tabaco, frituras, alcohol y perfumes baratos.

En la primera esquina destacaba el anuncio vertical de un cine y, debajo de sus mal iluminados cartelones, que reproducían toscamente la efigie de Jorge Negrete y el título «Soy de Chihuahua», en español, había un bar más grande que sus vecinos. Richmond apoyó una mano en el cristal esmerilado de sus puertas, empujó y entró. Halló un espacio libre en el centro del mostrador. Pidió ginebra.

—¿Está Stephanie? —preguntó al «barman».

—No sé —repuso el hombre, mirándole de reojo.

—Dile que quiero hablarle. De su hijo.

—¿De su hijo?

—Sí.

El «barman» titubeó y concluyó abandonando su puesto. Tardó unos minutos en regresar. Tocó a Richmond en el hombro.

—Puede pasar.



A Ernie le habían cosido a cuchilladas.

El detective cruzó el local hasta llegar al fondo, apartó una cortina de bambú y avanzó un par de metros por un pasillo apenas iluminado, se detuvo un momento a reflexionar y, finalmente, abrió la segunda puerta a su izquierda.

La habitación tenía una ventana que daba a un palio interior y había en ella una mesa escritorio, tres sillas viejas, una antigua mecedora y un estante con un aparato de radio, unos libros y un búcaro de llores artificiales. Olía fuertemente a pachulí y a rancio. En la mecedora se balanceaba, dándose aire con un «pay-pay», una mujer obesa, de tez marchita y cabello gris, lacio, peinado hacia

atrás. Vestía una bata estampada de vivos colores y calzaba zapatillas. Tenía los ojillos astutos e inmóviles como garbanzos negros incrustados en un rostro blando, narigudo, semítico y triste. Había estado, al parecer, escuchando la radio, con una botella de «rye» y un jarro de agua sobre el escritorio.

Sus ojillos se posaron inquisitivamente en Richmond cuando este entró. Permaneció un instante a la expectativa. Luego hizo un gesto de asombro.

—Mike Richmond —articuló.

El detective cogió una silla y se sentó a horcajadas.

—Cuánto tiempo sin vernos, Stephanie.

Ella sacudió pesadamente la cabeza.

—No debiste hacer eso, Richmond. No era necesario.

—¿Qué?

—Mencionar a mi hijo.

—Yo siempre estoy dispuesto a hablar de él. Lo hemos hecho muchas veces, ¿no? Era un valiente y buen camarada.

Los párpados de la mujer velaron sus inmóviles pupilas.

—Murió —dijo—. Nos hicieron creer que nuestros hijos morían por un mundo mejor, pero el mundo sigue siendo el mismo. Ahora sé que mi hijo murió para que los fabricantes de cañones pudieran cobrar sus facturas— la mujer interrumpió un instante el movimiento de su «pay-pay»—. En fin, Richmond, de todo eso hace ya muchos años.

—Nunca serán demasiados —replicó el detective.

Stephanie comenzó a examinarle con interés.

—Leí en el periódico que habías vuelto. Me disgustó. Magdalena no es sitio para ti, te lo estuve diciendo hasta que te expulsaron.

—Ya lo sé.

—¿A qué has venido? ¿A vengarte?

—Quería descansar.

—Y no puedes.

—No.

La mujer se inclinó hacia el escritorio para servirse un vaso de «rye». Le añadió un chorro de agua, bebió un trago y lo saboreó.

—Está usted igual que cuando me fui —dijo Richmond.

Ella se encogió de hombros.

—Stephanie ya no cambiará hasta que reviente.

—¿Y los negocios?

—Tampoco han cambiado.

El detective le ofreció un cigarrillo, se lo encendió y encendió el que tomó para sí.

—Stephanie, necesito su ayuda.

La mujer suspiró.

—Por eso mencionaste a mi hijo primero. Comprendo, Richmond.

—Esto es aparte.

—¿Qué pasa?

Richmond fumaba mirando al suelo.

—Usted hacía favores a mucha gente. Stephanie. Podemos hablar claro. Usted se las ha ingeniado siempre para estar con la policía a partir un piñón; siempre ha sabido a quién podía untar y a quién no, en qué manos debía poner un billete, a quién le gustaban las faldas y qué clase de faldas y cuál era el momento propicio para que las faldas se le aproximasen. Conoce bien las debilidades de los hombres y se ha servido de ellas. Nadie ha protestado jamás de que usted gobernase en la sombra el barrio mejicano, de que sus casas de mala nota, sus garitos y su comercio de marihuana funcionaran libremente. Y si alguna vez ha comprado objetos robados, nadie le ha pedido cuenta de ello.

Stephanie se balanceaba ahora plácidamente.

—La vida es así.

—Y por ser así, el saldo de su cuenta en el Banco da una cifra de muchos ceros.

—Al grano, Richmond.

—Muy bien. Hace seis años, usted tenía tratos con Ernie Loring. Sentía cierta debilidad por él. Solo así se comprende que Ernie abandonara Frisco para ejercer su oficio en una ciudad tan pequeña como Magdalena.

—¿Y qué?

—A Ernie, sin embargo, le metieron en la cárcel. ¿Ha salido ya?

Stephanie, antes de responder, apuró el vaso de «rye». Richmond esperó pacientemente.

—Sí, ha salido.

—¿Cuándo?

—Cosa de un mes.

—¿Está aquí?

—Sí.

—Bueno —Richmond suspiró— eso ya es algo. No le descubriré a usted América si digo que Ernie ha desvalijado la colección de tabaqueras de Percy Wiggins y se ha llevado un bolín de ochenta mil dólares. Solo quiero pedirle que no lo compre, Stephanie: No tengo nada contra Ernie, pero voy a restituir lo robado.

—¡Oh! —hizo expresivamente la mujer.

—¿Qué?

—Casi olvidaba que ahora eres un detective.

—Lo soy.

—Y que la esposa de Percy Wiggins es Rhea Masters.

—Eso no tiene nada que ver.

—¡Qué raro!

Hubo un silencio. En cada balanceo, la mecedora gemía.

—Ernie no me ha dicho una palabra de esas tabaqueras — declaró Stephanie, al fin—. Estoy al margen del asunto. Y no te engaño, Richmond.

—Me gustaría creerlo.

—Ve a verle y pregúntaselo.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—También eso me gustaría creerlo.

Stephanie se rascó la mejilla con el «pay-pay».

—Tú no conocerás a Belle Mason —dijo.

—No.

—Ya. Bueno. Ernie, desde que salió de la jaula, no me ha visitado más que una vez. Fue para pedirme la dirección de una muchacha, a la que quería comunicar algo de parte de un camarada de encierro. Le di la dirección. Luego he sabido que los dos se llevan muy bien. La chica se llama Belle Mason. Vive en Fairview ciento veintitrés, departamento ochenta y cuatro.

Richmond emitió un suspiro.

—Gracias, Stephanie.

La mujer le miraba fijamente.

—Pero no olvides una cosa —subrayó—: Ernie es un angelote, el mejor muchacho del mundo. Se ha encontrado en la calle sin un níquel y Belle le ha tomado bajo su protección, pero él no tolera protecciones de nadie. Si ha dado un mal paso, Richmond, quiero que le ayudes. Lo de robar a Wiggins es un asunto feo. No lo hubiera hecho de no encontrarse tan apurado.

—Yo apreciaba a Ernie repuso el detective—. Cuidaré de él.

—Así lo espero.

Richmond se puso en pie.

La mujer estaba registrando uno de los bolsillos de su bata. Sacó un estuche de plástico, lo abrió y lo ofreció en la carnosa palma de su mano.

—¿Un poco de «coca»?

El detective hizo un gesto de repulsión.

—No he llegado a eso todavía.

Ella se encogió de hombros. Tomó un pellizco de polvillo blanco, se lo llevó a la nariz en la yema del pulgar y aspiró vigorosamente. Su enorme cuerpo tembló como un flan. Cerró los ojos.

—Ayuda a vivir —dijo—. Y a olvidar.

Richmond abrió la puerta y salió al pasillo.

CAPÍTULO V

Richmond pulsó el botón y oyó sonar el timbre en el interior del departamento. Una figura alta y de graciosas curvas se silueteó contra el fondo luminoso de la puerta cuando esta se abrió.

—¿Qué desea?

—¿La señorita Mason?

—Yo misma.

Richmond rio amistosamente.

—Permítame ser el primero en felicitarla, en nombre propio y en el de «La Cifra Mágica», el más sensacional concurso organizado por el Jabón Verde de la «Pacific Soap Company». Cinco mil dólares que le han caído a usted del cielo.

—¿Qué?

—¿No sintonizó esta tarde el programa de la «ZWX»? ¿No sabe nada todavía?

—No.

—¿Y no me invita a pasar?

La figura se hizo a un lado.

—Pase.

Richmond se encontró en una pieza modesta y minúscula, adornada con coquetería, donde flotaba un vago perfume de flores. Vio un sillón, una lámpara encendida, una mesilla y, sobre esta, un libro, un paquete de cigarrillos, un vaso y una botella medio vacía de «Coca-Cola».

Se adelantó, tomó un cigarrillo del paquete, lo encendió y buscó un sitio donde sentarse. Solo entonces se volvió para examinar a la muchacha. Abrió la boca. Era una mulata de color muy claro, preciosa, con ese encanto exótico indefinible de las mujeres de raza mezclada, de piernas largas, cuerpo ágil, esbelto cuello y grandes y luminosos ojos. Llevaba un vestido de seda amarillo que añadía valor a sus líneas gráciles y airosas. Le observaba recelosamente.

—Hay un sistema infalible para que la gente le abra a uno las puertas —dijo el detective, arrojando dos chorros de humo por la nariz—: ofrecer dinero. Ahora, muñeca, renuncie a sus ilusiones, siéntese ahí y atienda a lo que sigue.

—¿Quién es usted?

Richmond le mostró su credencial.

—Un detective privado.

—¿Y qué quiere?

—Que se siente de una vez.

Ella no se sentó.

—Creo que voy a llamar a la policía —dijo.

—Si la policía supiera lo que yo sé, llevaría ya mucho tiempo aquí.

—¿Qué sabe?

—Cosas relacionadas con Ernie Loring.

Un relámpago pasó por los ojos de la mulata. Pero no se alteró, sino que, sentándose, extendió el brazo y abrió un compartimiento situado debajo de la mesa. Sacó un vaso.

—¿Quiere beber alguna cosa?

—¿Tiene ginebra?

—Sí.

Belle echó tres dedos de ginebra en el vaso y se lo tendió al detective. Le miraba de reojo. No habló hasta que él hubo probado la bebida.

—¿Por qué se figura que me importa ese Ernie Loring?

Richmond bebió la ginebra a pequeños sorbos.

—Yo era, hace seis años, amigo de Ernie —dijo después—. Le admiraba porque peleó como un valiente cuando fue necesario y porque no se resignó a apechugar con la estafa que nos dieron bajo el nombre de paz. Nunca me metí en si era santo o no desvalijar la casa ajena para gastarse el botín en todo lo bueno que tiene la vida. Ernie era un gran tipo, hiciera lo que hiciese.

La muchacha fingió sorpresa.

—No me diga.

—Ahora. Ernie se ha metido en un berenjenal —prosiguió el detective—. Es una suerte para él que yo me haya anticipado a la policía. Pero, tarde o temprano, su pista saldrá a relucir, y entonces la cosa no tendrá remedio. Ya que es tiempo aún, quiero que devuelva las tabaqueras que le ha robado a Percy Wiggins. A eso he venido.

—Usted sueña.

—Le aconsejo que no adopte esa actitud. Yo siempre hablo claro.

Belle enderezó el busto.

—Está bien, hablemos claro. A Ernie se le ha presentado su oportunidad. Se acabó el hambre. Esta vez no se dejará cazar, no será tan tonto. Va a empezar una nueva vida, pero necesitará una base. Y ya la tiene. Usted no le reventará el porvenir por los cuatro cuartos que le pagarán a cambio de rescatar las joyas.

—¿Está loca? —exclamó Richmond—. ¡Robar a Wiggins y

escapar impune! ¡Qué va! Por un camino u otro, Ernie no tardará ni una semana en volver a la cárcel.

—Se equivoca. Todo ha sido cuidadosamente organizado.

—¿Plantar las patatas de Ernie en la tierra blanda del parque de Wiggins también formaba parte de la organización?

La muchacha entrecerró los ojos.

—¿Es eso lo que le ha hecho venir a usted?

—Sí. Y de una vez, ¿dónde está Ernie?

—No espere que se lo diga. Lárguese. Pierde el tiempo.

Richmond apuró el contenido de su vaso y lo dejó sobre la mesa.

—¿Le contó usted a su mamá que hay hombres que pegan a las mujeres, paloma?

—Conocí a uno; pero no se parecía a usted, si es a eso a lo que usted se refiere.

—¿Cree que bromeo?

Ella le lanzó una llameante mirada de desafío.

—Demuéstreme que no.

Richmond se puso en pie y, sin titubear, la levantó agarrándola por los cabellos y le cruzó la cara de dos sonoros bofetones. Belle lanzó un breve grito de rabia y de dolor. Luego, repentinamente, se revolvió como una furia y saltó hacia él. Su mano izquierda, en la que había un anillo, le desgarró la mejilla hasta la comisura de los labios; con la derecha le aferró el cuello de la camisa y la corbata arrancándoselos; con ambas, después, crispando los dedos, le desgarró la pechera. Desgreñado, rígido e imperturbable, Richmond la dejó hacer durante unos momentos.

Pero, a continuación, le apresó las muñecas entre sus férreos dedos. La mulata comenzó a retorcerse, insultándole con apasionada ferocidad. Diestramente, Richmond le echó la zancadilla e hizo que perdiera el equilibrio, para quedar colgada de sus manos, que él mantenía a la altura del pecho.

—A las muñecas rabiosas como usted —dijo el detective, parsimoniosamente— les conviene desahogarse un poco. Ahora, basta de esto.

La arrojó al sillón. Belle se quedó allí, en posición forzada, jadeante, a punto de llorar.

—¿Dónde está Ernie? —preguntó Richmond.

Ella le replicó una obscenidad.

—Muy bien —el detective se encogió de hombros —usted lo ha querido.

Tomó por el gollete la botella de «Coca-Cola» que había sobre la mesa y le dio un golpe seco contra la pared. La botella se partió por

la mitad y el contenido salpicó en torno. Con su mano libre, Richmond capturo las dos muñecas de la muchacha, que, agotada, no ofreció resistencia, y la atrajo hacia sí. Le puso la media botella, de bordes ominosamente agudos y aserrados, ante los ojos.

—Suélteme —susurró ella.

—Todavía no, preciosa. Quiero que aprenda cómo le queda la cara a una chica después de restregársela con esto. Las cicatrices no se borran jamás. Y es sencillo hacerlo: se apoya sobre la piel, se le da vueltas... Para una muchacha que, como usted, vive de su belleza, perderla no tiene remedio. Me entiende, ¿verdad?

—¡Suélteme!

Richmond rio. Con el filo de la botella rozó la mejilla de la joven. Brotó un hilillo de sangre. Ella, al notar el cosquilleo, rompió a llorar, amargamente y se abandonó entre sus brazos.

—¿Hablará?

—Déjeme... le diré lo que quiera...

Richmond la volvió al sillón. Tomó el vaso y se sirvió otra dosis de ginebra. Le puso a la mulata un cigarrillo en la boca. Se lo encendió, se sentó ante ella y esperó tranquilamente.

Poco a poco, Belle dejó de llorar.

—Ernie está en casa de Harry Hathaway —dijo entonces—. Debe de estar allí, era lo convenido.

—¿Quién es Harry Hathaway?

—Un amigo. Ernie le sacó de la ciudad para disponer de su habitación. Yo debía reunirme con él en cuanto me avisara.

—¿No lo ha hecho?

—Todavía no. Antes necesitaba un poco de pasta.

—¿De quién pensaba conseguirla?

—Eso no lo sé.

—¿Cuáles eran sus planes?

—Íbamos a escapar juntos enseguida y a deshacernos de lo robado lejos de aquí. Ernie tiene un amigo en México.

—¿Han puesto en regla sus papeles?

—Sí.

—Ya veo. Bueno, lo siento, paloma, pero es mejor así. Ernie devolverá las tabaqueras. No tengo nada contra él. Pueden escapar de todos modos, si quieren.

Belle se encogió desganadamente de hombros.

—Ahora, ¿para qué? Sin un fajo de billetes no se es nadie en el mundo. Todo acabó.

—¿Ernie pensaba recurrir a Stephanie Jakobs para emprender el viaje?

—Quizá.

—¿Y no lo ha hecho?

—Le digo que no tengo noticias tuyas.

Richmond se acarició, pensativo, el mentón.

—A lo mejor ha escapado solo —sugirió—. Yo no me haría demasiadas ilusiones, preciosa. Ernie es un hombre que ha vivido demasiado. ¿Dónde queda la habitación de ese Hathaway?

—En el piso superior del quinientos cuarenta y cuatro de la calle Dalton —repuso ella hoscamente—. Se entra por un callejón lateral.

—Está bien —dijo el detective.

Fue al ángulo de la pieza, donde había un espejo, e inspeccionó el arañazo que la mulata le había producido en la mejilla con su anillo. Manaba un poco de sangre, que restañó con el pañuelo mojado en saliva. Luego ordenó cuanto le fue posible su camisa y su corbata.

Cuando se volvió, Bella tenía un pequeño revólver en la mano.

—No saldrá usted de aquí, detective.

Richmond contuvo el aliento.

—No sea loca.

A la muchacha le ardían los ojos.

—No saldrá de aquí, se lo juro.

Richmond puso todos sus músculos en tensión. Se daba perfecta cuenta de que ella estaba desesperada y de que era muy capaz de cometer cualquier barbaridad, pero aun así avanzó un paso, y luego otro. Belle echó atrás el percutor del revólver. Richmond se fijó en lo blancos que se habían vuelto sus nudillos por lo nerviosamente que crispaba los dedos.

Y, entonces, salió, primero de costado y luego hacia adelante. El tiro no llegó a brotar del arma. El detective cayó sobre Belle con impulso ciego, la derribó y le arrebató el revólver. Belle emitió un chillido rabioso, pataleó, trató de morderle el cuello, se defendió como una fiera. Richmond la golpeó sin compasión hasta dejarla rendida, agotada.

Cuándo la muchacha quedó inmóvil, gimoteando, se levantó y, dirigiéndose a la persiana graduable, le arrancó el cordón. Con él le ató las manos a la espalda y los tobillos a Belle, que no opuso resistencia.

Terminada la operación, Richmond apuró la ginebra que todavía quedaba en su vaso.

—No vas a divertirme precisamente, muñeca —dijo.

Y abandonó el departamento.

El número 544 de la calle Dalton era una casa lúgubre, oscura,

en un barrio sucio y poco prometedor. No tenía más que dos pisos y la planta baja la ocupaba un almacén de ferretería. Richmond despidió el taxi que le había llevado hasta allí, pasó junto a un depósito de basuras y entró en el inmediato callejón.

Encontró la puerta prácticamente a tientas. Abierta. Una escalera tenebrosa se iniciaba más allá. El detective subió alumbrándose con su encendedor. Solo al llegar arriba pudo localizar un interruptor eléctrico y dar la luz. Así se halló ante otra puerta desvencijada, también abierta, que daba paso a una habitación que olía a aguarrás.

La habitación era un estudio de pintor, y de un pintor malo, a juzgar por los cuadros que se veían por las paredes. Uno de estos, con su caballete, había caído al suelo.

Detrás estaba Ernie Loring, tan muerto como una sardina en conserva.

Richmond se situó de un salto a su lado. Hizo una mueca de disgusto. A Ernie le habían cosido a puñaladas, yacía en mitad de un lago de sangre seca. Frío, rígido, era cadáver desde hacía horas.

Con una arruga de preocupación en la frente, el detective recorrió el estudio. No era un estudio grande. Harry Hathaway había pintado en él algunas flores, unas manzanas, una vista en escorzo del edificio municipal de Magdalena y muchas mujeres desnudas, todo nauseabundo. A un lado tenía un dormitorio que apestaba a zapatos viejos, con un catre.

Sobre el catre había un montón de tabaqueras.

Richmond se aproximó a ellas, atónito. Las había con incrustaciones de oro, de plata, de diamantes y de rubíes. Valían de sobra los ochenta mil dólares que dijo Rhea. Las contó. Diecinueve. Sacó del bolsillo la copia del catálogo que Rhea le entregó y comprobó que en ella figuraban veinte. Faltaba una.

Registró el estudio entero sin encontrarla. Luego inspeccionó el cadáver de Ernie, considerando la posibilidad de que la hubiera vendido. Si fue así, Ernie se desprendió muy pronto del dinero: no llevaba encima más que nueve dólares.

Sombria la mirada, Richmond regresó al dormitorio, descolgó el teléfono contiguo al catre y discó el número del «Tribune».

—Nena —dijo, cuando «Ranita» Grant se puso al aparato— prepara grandes titulares para mañana. He encontrado las tabaqueras de Percy Wiggins y al hombre que las robó. Es Ernie Loring. Se da la coincidencia de que está muerto. Apuñalado.

—¿Cómo?

—Ven acá, date prisa, y trae un fotógrafo. Calle Dalton

quinientos cuarenta y cuatro, entrada por el callejón lateral. Espero.
En cuando os oiga llegar llamaré a la policía.

—Salgo volando —replicó la muchacha.

Richmond colgó muy despacio el auricular.

CAPÍTULO VI

Bolle Mason se había dormido. Continuaba como el detective la dejó, tendida de costado en el suelo, con las muñecas atadas y unidas a los tobillos por el cordón de la persiana graduable, pero la vencieron el sueño y el cansancio.

Richmond entró sin despertarla. Se arrodilló a su lado y procedió a deshacer los nudos. Al primer contacto, la muchacha, sobresaltada, abrió los ojos.

—Soy yo —dijo él, suavemente—. No tema.

La soltó, la levantó en sus brazos y la llevó al sillón. Ella no decía nada, tenía la mirada apagada y una expresión aturdida en el rostro. Richmond echó ginebra en un vaso y se la dio a beber. Experimentaba un vago malestar. Sabía que lo que seguiría no iba a ser agradable, ni mucho menos, y sentía cierta conmiseración por aquella muchacha apasionada y feroz que tanto parecía haber amado a Ernie Loring.

—Tengo que darle una noticia —declaró.

La mulata le miró inquisitivamente. Y adivinó la verdad.

—No —dijo en un susurro...

—Ha muerto. Hace horas. Todas las tabaqueras estaban allí, salvo una.

Se lo contó sin omitir detalles. Ella le escuchó con la boca entreabierta, los ojos secos y brillantes y un indefinido temblor en sus oscuras mejillas. Luego ocultó la cara entre las manos.

El detective calló, sobrecogido por aquel dolor silencioso, patético, que a él mismo le llenaba de inquietud. Transcurrido algún tiempo, fue en busca de la ginebra y la bebió directamente de la botella, a caño libre, inundándose la garganta. Volvió la espalda a Belle, encendió un cigarrillo y dejó transcurrir algún tiempo más.

—¿Quién lo hizo? —preguntó, al fin, la muchacha.

No había llorado. Lloró cuando el daño no era tan grande, cuando Richmond arañó su piel con la botella rota de «Coca-Cola», pero ahora no. Todo el dolor se le había quedado dentro.

—Eso es lo que quiero que usted me ayude a averiguar —dijo el detective—. No la engañó, fui amigo de Ernie hace años y le apreciaba. No consentiré que esto acabe así.

—Ernie picó demasiado alto. La gente como él y como yo no puede ser feliz. Parece como si no tuviéramos derecho...

—Cállese. A lo que no tiene nadie derecho es a ser feliz quebrantando la ley. Ernie no habría muerto de haber continuado por el buen camino.

—Es fácil decirlo ahora.

—Es fácil siempre. No crea que yo me he criado en una cuna de pétalos de rosa. Estaba tan asqueado como Ernie cuando volví de la guerra, pero fui lo bastante hombre para hacer de tripas corazón y buscar en la sociedad el lugar que me correspondía. Ese lugar lo tenemos todos. Si se busca, se encuentra.

—Palabras.

Richmond hizo un gesto de cansancio.

—Está bien, dejémoslo. Ernie ha muerto y debemos afrontar la realidad. ¿Quién sabía que iba a desvalijar a Wiggins?

—Solamente yo.

—¿No se lo dijo usted a nadie?

—No.

—¿No lo sabía Harry Hathaway?

—No, Harry no sabía nada.

—A ver si nos entendemos. Ernie proyectó el robo, lo preparó merodeando en torno a la casa de Wiggins hasta averiguar dónde se encontraban las tabaqueras, despachó a Hathaway de la ciudad, cometió el delito y se refugió en el estudio. Desde allí debía procurarse algún dinero para el viaje y, en el momento oportuno, avisarla a usted. ¿Es así?

—Sí.

—¿Con qué pretexto alejó a Hathaway?

—Harry hace tiempo que necesitaba ir a Los Ángeles, pero no tenía un centavo. Ernie, cuando le convino, le hizo un préstamo.

—¿Quién es Hathaway? ¿Un compañero de prisión?

—No, un pintor. Yo trabajé para él de modelo. Cuando Ernie salió de la cárcel fuimos a verle por si podía tenderle una mano, pero estaba pasando una mala temporada y no hubo nada que hacer. Solo ocurrió que ellos dos simpatizaron enseguida.

—¿Qué ha hecho Ernie desde que está en libertad?

—Alguna vez ha conducido los camiones de Mark Loomis. Poca cosa.

—¿Le consiguió usted el empleo?

—Conozco a Loomis.

—¿De qué?

—He vendido cigarrillos en el «Club Tropical». Loomis es un buen cliente.

—¿En qué trabaja usted ahora?

—En nada. Me despedí del «Tropical» anteayer. Tenía confianza en que Ernie triunfaría.

—¿Cómo empezaron sus relaciones con Ernie?

—Vino a visitarme por cuenta de un muchacho a quién conoció en la cárcel.

—¿Quién era él?

—Mi hermano.

—¿Sigue allí?

—Y seguirá mucho tiempo.

—¿Cómo se llama?

—Stanley Mason.

—¿De qué le acusaron?

—De complicidad en el atraco al «Banco Continental».

—¿Era culpable?

—Sí. Pero, sobre todo, era culpable de tener la tez de color. Si la tuviera blanca ya estaría en la calle.

—¿Cuándo volverá Hathaway?

—Creo que iba a pasar en Los Ángeles una semana.

—¿Tenía algún motivo para matar a Ernie?

—¡Oh, no!

—¿Pudo ser usted este motivo?

Belle entrecerró los ojos.

—Harry ha cumplido ya sesenta años. Yo represento para él lo mismo que una manzana o un manojo de flores.

—¿Quién sabía que Ernie utilizaría el estudio?

—También yo y nadie más. Ni el propio Harry.

—¿Dónde ha vivido Ernie? ¿Aquí?

—Yo no puedo tener aquí a un hombre, sería una locura. Le alquiló una habitación a Tadec Parada, uno que tiene un bar en la calle Honda. Estaban viviendo allí tres o cuatro, por eso preparó lo de Harry, para librarse de los fisgones.

—Recuerdo el bar y las habitaciones de Parada —el detective frunció el entrecejo—. Las alquilaba ya hace seis años. No eran muy limpias.

—Ni muy caras.

—De allí ha podido salir un asesino. Siempre los hubo, especialmente asesinos de navaja, como el que atacó a Ernie. Abundan en el barrio mejicano.

—¿No ha dicho usted que Ernie tenía consigo las tabaqueras?

Richmond asintió.

—Es cierto, un asesino del barrio mejicano no das hubiera dejado allí. Pero falta una. Diga. ¿Era con una tabaquera con lo que

Ernie esperaba conseguir dinero para el viaje? ¿Vendiéndola?

—No habló mucho de ello. No quería venderlas aquí, le parecía arriesgado. Es lo único que sé. Si no me equivoco, pretendía conseguir el dinero a crédito, mostrándoselas a alguien y prometiendo devolverlo cuando estuviéramos en seguridad. Los que conocían a Ernie confiaban en él.

—Honradez a prueba de bomba dijo Richmond amargamente—. Pero esa persona no podía ser otra que Stephanie Jakobs, piénselo.

—Ernie no me dijo una palabra. Stephanie no le hubiera matado, de todos modos.

—No. Y tampoco hubiera dejado las tabaqueras allí. Belle, ¿dónde está la que falta? ¿Se la llevó alguien? ¿Qué hizo de ella Ernie?

—Hay algo todavía más importante que eso.

—¿Y es?

—¿«Por qué» han matado a Ernie?

Richmond contempló abstraído a la muchacha, dejó descansar la mirada en las magníficas líneas de su figura, en su cutis color de café con leche, en la cálida tensión que traslucía su rostro, en el modo cómo el vestido amarillo se amoldaba a su cuerpo. Sí, pensó, ¿por qué habían matado a Ernie Loring? ¿Fue por ella? ¿Fue porque ella era tan hermosa?

¿O fue porque Ernie había robado veinte tabaqueras a Wiggins? ¿O porque solo tenía diecinueve en su poder?

Se enderezó bruscamente.

—Iré a visitar a Stephanie. Sabe siempre algo de cuanto ocurre en Magdalena. Y algo me dirá.

La interrupción del rápido diálogo parecía haber devuelto a Belle la noción de la realidad. Sus rasgos se desencajaban.

—Por mucho que le diga, no resucitará a Ernie —articuló.

Richmond se volvió hacia la puerta.

—No trato de resucitarle.

—Eh...

—¿Qué?

La muchacha se inclinaba hacia adelante.

—Se llevó usted mi revólver, detective. Devuélvame. Puedo necesitarlo.

Richmond titubeó.

—¿Tiene miedo?

—Sí.

—¿De qué?

—De algo que ignoro. Es el miedo más difícil de afrontar.

Richmond se sacó el arma del bolsillo y se la devolvió. Ella la apretó contra su pecho. Le miró fijamente.

—Gracias.

El detective abandonó el departamento con un oscuro sentimiento de desolación. Por primera vez en muchos años experimentaba la necesidad imperiosa de emborracharse hasta reventar.

Pero no bebió. Fue a ver a Stephanie. El barrió mejicano conservaba su sórdida animación. Los rótulos del cine se habían apagado, pero el bar de la hebrea continuaba abierto.

—¿Está? —preguntó Richmond, simplemente, al «barman».

El hombre le reconoció, se alejó y regresó al cabo de un minuto.

—Pase.

La botella de «rye», sobre el escritorio, había perdido un tercio de su contenido. La «coca» había puesto fuego en los ojillos de la mujer. Stephanie respiraba ruidosamente, sudaba y parecía enferma. Su «pay-pay», olvidado, había caído al suelo. Richmond lo recogió antes de sentarse.

—Ernie ha muerto —dijo.

Stephanie le miró, estupefacta.

—¿Ernie?

Él se lo contó todo, partiendo de su primera entrevista con Belle Mason e incluyendo la última conversación. Stephanie, mientras habló, se meció pesadamente. Tenía la mirada perdida, como si a través del hombre que tenía delante, viera algo que solo ella podía ver.

—Mala suerte —fue su único comentario.

Richmond protestó:

—¿Por qué mala suerte? ¡Cuerno! ¿Qué riesgo corría Ernie robando esas tabaqueras? ¿Desde cuándo le cosen a uno a puñaladas por reventarle el capricho a un ricachón?

—Más vale dejar a los ricos en paz.

—¿Sí? Stephanie, ¿dónde está la tabaquera que falta? ¿Vino a mostrársela Ernie? ¿Se la vendió?

—Creo haberte dicho que no sé nada de ese asunto que hablas.

—Si usted fuera Ernie y se hubiera encontrado en su situación, ¿a quién se dirigiría para obtener ayuda?

La mujer inclinó la cabeza.

—A mí, a Stephanie Jakobs. Pero él no lo hizo.

—¿Me lo jura?

—¿Vale algo mi juramento?

Richmond pronunció una maldición.

—¿Por qué se pone tonta? La necesito, Stephanie.

Ella suspiró.

—Richmond, te voy a dar un consejo. Buscabas las tabaqueras de Wiggins y las has encontrado. Muy bien, la cosa acabó. Olvídate de que Ernie ha muerto, disfruta en paz de tus vacaciones y luego vete de la ciudad. Y no vuelvas hasta que pasen otros seis años.

—Ernie fue amigo mío. No me pida...

—Ahora eres tú quien se pone tonto.

—Rueño, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué hay detrás de ese asesinato?

—No lo sé. Solo que hay «algo». Salta a la vista. También lo sabes tú.

—No me asusto tan fácilmente.

El cuerpo de la mujer osciló.

—Pues sigue adelante, Richmond, qué se le va a hacer. Soy demasiado vieja para preocuparme por los demás. Vete, déjame sola.

—Usted también apreciaba a Ernie.

—Pero me aprecio todavía más a mí misma.

Deme otro consejo, Stephanie.

Ella señaló la botella de «rye».

—Bebe.

—Ese no basta. Otro más.

Stephanie se inmovilizó en la mecedora.

—Richmond, eres suficientemente listo para comprender que yo necesito seguridad a toda costa. Me interesa que las cosas sigan por tiempo indefinido tal como están, no quiero cambios, no me gustan los reformadores ni los idealistas que pretenden hacerse un cartel purificando la ciudad. Historias. Vivo de mis negocios y me entiendo bien con los que mandan ahora. Fuera líos. Eso es todo.

Richmond arrugó el entrecejo.

—¿Quiere decir que el asesinato de Ernie tiene alguna relación con las próximas elecciones?

—Si no la tiene, la tendrá.

—¿Qué sabe usted, Stephanie?

—Nada. Lo adivino. Tú verás si me engaño.

El detective se puso lentamente en pie.

—Y no quiere ayudarme.

—No puedo.

Richmond estaba furioso.

—Así le envenene la sangre su dinero, Stephanie. Ella no se inmutó.

—Me la ha envenenado ya. Vete.

—No olvidaré esto.

—Me importa poco que lo olvides o no. Vele, Richmond.

Richmond salió al pasillo, cruzó el bar a largas zancadas y ganó la calle. La noche le cayó encima como una ola negra. Frente al cine, a la puerta de una pulquería, una mestiza cocía «tamales» al vapor, envueltos en hojas de maíz. El olor se le pegó a Richmond a la pituitaria.

En Constitución Square tomó un taxi y se fue al hotel. Se hizo subir una botella de ginebra, hielo y soda a la habitación. Cuando lo tuvo todo, tomó el teléfono y llamó al «Tribune».

—Tuviste pupila al marcharte antes de que llegase la policía —le dijo «Ranita» Grant—. Vino el propio Stinker y armó un escándalo del demonio. Espera a que se desahogue contigo. Será de cine.

—¿Por qué? Le di el trabajo hecho.

—Y nos lo diste a nosotros. La edición de mañana del «Tribune» estallará como una bomba: el asesinato de Ernie Loring en primera página, con las fotos sensacionales que hemos tomado, y en última tu cena con Digby. El equipo del alcalde enfermará del disgusto.

—¿Hubo en el estudio alguna novedad?

—Ninguna. Stinker se movió por allí como un patoso, recogió las tabaqueras, dejó dos agentes de guardia y se fue. ¿Hay más noticias, Mike?

—No. Hasta mañana, «Ranita».

—Buenas noches.

Richmond colgó el teléfono. Luego se desnudó y tomó una ducha fría, se tendió en la cama, encendió un cigarrillo y empezó a beber.

CAPÍTULO VII

La noticia le galvanizó, le hizo el mismo efecto que el roce de un papel de lija contra sus capilares nerviosas. Se la dio Stephanie, por teléfono. La voz de la mujer sonaba áspera, dura, inquietante.

—Se pegó un tiro en la boca —dijo—. La han encontrado esta mañana en su departamento. Dejó la puerta exterior abierta, pero se encerró en su dormitorio y nadie oyó el disparo.

Richmond sintió una angustiosa opresión en la garganta. Le dolía la cabeza y toda la ginebra, que bebió antes de dormirse le ardía en el estómago. El timbrado del teléfono le había despertado con la desagradable contundencia de un golpe.

—No puede ser —articuló—. La han asesinado.

—Se suicidó —repuso bruscamente Stephanie.

Richmond no quería creerlo, pero en su fuero interno estaba convencido de que era verdad. Ahora calibraba perfectamente la expresión alucinada de los ojos de Belle cuando le devolvió el revólver, el modo como lo apretó contra su pecho, lo que quiso significar cuando dijo que tenía miedo de algo que ignoraba y que era el miedo más difícil de afrontar. Al cabo, el miedo la había vencido. Su hombre murió, todo había terminado para ella. Y la vida antes que otra cosa.

—Lo siento.

—Tú tuviste la culpa —dijo Stephanie.

—¡Yo!

—No grites, Richmond. Tú has venido a traer el mal a esta ciudad. No sé de qué ni quiero saberlo, no pretendo explicarlo, pero tú estorbas aquí. Todo se sale de quicio desde que llegaste.

—¿Para qué me ha llamado? ¿Para qué me dices eso?

—Para que te vayas. Inmediatamente.

—¡Y un cuerno, Stephanie!

—Richmond, te hablo como te hablaría tu madre. Es por tu bien. Luego será peor. Si no te vas, te echará Stinker.

—¡Que lo intente!

—Tú no sabes a qué fuerzas desafías. Óyeme, Richmond.

—¿Qué?

—«No quiero que muera nadie más».

El detective oprimió ferozmente el teléfono.

—¿Quién va a morir?

—Piénsalo. Eso es todo.

—¡Stephanie!

Stephanie cortó la comunicación.

Richmond saltó de la cama. Al poner pie al suelo, la habitación comenzó a girar a su alrededor. Le acometió una náusea violenta. Se sintió enfermo, como si fuera a morir.

Corrió al cuarto de baño y libró a su estómago de cuanto le sobraba. Tras enjuagarse la boca, regresó al teléfono, llamó a la centralilla del hotel y pidió que le subieran un ejemplar de la primera edición del «Tribune» y una botella de agua mineral. Mientras hablaba dio una mirada a su reloj. Se quedó algo sorprendido de que fueran ya las doce y media del mediodía.

Estuvo mucho rato bajo la ducha. Se afeitó. Dos vasos de agua mineral le aliviaron, apagando el fuego de su estómago. Pero tenía la cabeza turbia, la sensibilidad embotada y la vaga noción de que apenas hacía otra cosa que flotar en el mundo.

Desplegó el «Tribune». Los titulares eran de una violencia que hería. Las fotos del cadáver de Ernie habían sido tomadas con deliberada brutalidad. En otras aparecían distintos ángulos del estudio, y en dos las tabaqueras amontonadas sobre el catre. El texto le mencionaba a él frecuentemente. No lo leyó más que por encima.

La política había sido relegada a última página. Allí figuraba su cena con Digby Dulles, junto a sus declaraciones, con apropiados comentarios. Richmond, viéndolos, trató de sonreír.

Estaba vistiéndose cuando el teléfono volvió a sonar. Era Rhea.

—¿Cómo no me has dicho nada todavía, Mike?

—¿Qué he de decirte?

—No... Mike, tienes cada cosa... Anoche encontraste las tabaqueras. Pudiste, al menos, anunciármelo.

—Había asuntos más graves y más urgentes. Supuse que la policía cuidaría de devolvértelas.

—Pero...

—¿Cuántas te han entregado? ¿Veinte?

—Diecinueve.

—¿Seguro que fueron veinte las robadas?

—Si Percy lo dice, seguro.

—¿Conoce ya la novedad?

—Le he puesto una conferencia a San Diego. Oh, por cierto, volverá. Calculo que llegará esta tarde. Será mejor que no vengas, Mike.

—Descuida, no pensaba ir. Pero me gustaría hablarle. Trataré de

ponerme en contacto con él.

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—Se enfadará cuando se entere de cómo han ocurrido las cosas. Yo no imaginaba, al pedirte ayuda, que el «Tribune» publicase lo que ha publicado. No ha sido noble.

—Te previne.

—Si hubieras oído a Stinker...

—Rhea.

—¿Qué?

—¿Tenía la tabaquera que falta algo especial? ¿Era distinta a las otras? ¿Qué induciría a Ernie Loring a desprenderse de ella? ¿O qué induciría a su asesino a escamotearla, desdeñando las restantes?

Hubo una pausa.

¿Tú qué crees que pasó? —preguntó Rhea.

—No lo sé ni por asomo. No había motivo para que Ernie muriese.

—He revisado el catálogo y la relación que extrajo Percy — declaró la mujer—. Esa tabaquera valía aproximadamente, cinco mil dólares. Medía quince centímetros por diez y era de piel de yacaré montada en platino, con cinco esmeraldas. Percy la adquirió hace poco a alguien llamado Hooker. Es cuanto puedo decirte de ella.

—Veré qué más dice tu marido.

—¡Qué obstinado eres, Mike!

—Lo soy, ya lo creo, sobre todo cuando ha muerto asesinado un hombre de corazón y se ha suicidado una hermosa muchacha.

—¿Quién se ha suicidado?

—La amante de Ernie Loring.

—Mike, qué terrible... puede que ella...

—No. Vosotros, los ricos, no entendéis estas cosas. Ella le amaba. A Ernie, no a su dinero. Muerto él, la vida no le ofreció nada a cambio. No tuvo valor para seguir.

Rhea no dijo nada.

—Hasta otra, querida —añadió Richmond.

—Aguarda, Mike.

—¿Qué quieres?

—Tus honorarios...

—Guárdalos donde más te estorben. Yo no acepto dinero de una mujer.

—¡Idiota! —exclamó Rhea.

Y Richmond colgó el aparato.

Terminó de vestirse, bebió otro vaso de agua mineral y descendió a la calle. Se hizo conducir por un taxi a Fairview 123. Arriba, la puerta del departamento 84 estaba cerrada. Llamó. Mientras esperaba tuvo la insensata esperanza de que todo volviera a ocurrir como la noche anterior, de que la alta y graciosa silueta moldeada en amarillo se dibujase de nuevo en el umbral. Le hubiera gustado saltar por encima del tiempo y empezar otra vez.

Abrió la puerta un guardia de anchos hombros.

—¿Qué quiere?

Richmond observó que el departamento se hallaba vacío. El agente debió quedar a cargo de la vigilancia.

—Pensé que acaso Stinker y los demás estuvieran todavía aquí.

—Se fueron hace rato. ¿Quién es usted?

Richmond mostró su credencial.

—Detective privado. ¿Me deja entrar? Solo echar una mirada.

—No.

—¿A dónde han llevado el cadáver?

—Al Depósito.

El Depósito estaba en el edificio del Cuartel Central de la policía. Richmond cubrió el trayecto a pie.

Antes de llegar, se metió en una cabina pública y llamó por teléfono a Stinker.

—Me sorprende no haberle vuelto a ver a usted por el hotel —dijo—. Estaba seguro de que lo que el «Tribune» ha publicado le atraería como la miel a una mosca.

Stinker demoró su respuesta. Concluyó preguntando:

—¿Es un desafío?

Su voz sonaba velada, sin expresión.

—Tómelo como guste. Usted y yo tenemos que hablar. Voy al Depósito, luego subiré a su despacho. Dé orden de que me dejen entrar.

—¿Qué busca en el Depósito?

—Quiero echar una mirada a Belle Mason.

Stinker guardó un nuevo silencio.

—De acuerdo. Pero no es necesario que suba. Su conversación no me interesa. Siga su camino.

—Oiga, ¿a qué viene esa actitud? ¿Y sus amenazas? ¿No he alborotado el palomar en favor de Digby Dulles, como le prometí?

—Richmond, no me provoque —Stinker resopló—. Es mejor para los dos que prescindamos uno de otro.

—¿Me tiene miedo?

—Váyase al diablo.

—¿Por qué no me expulsa de la ciudad?

—Insista y lo hago ahora mismo.

—¿Sí? ¿No será que no se atreve?

Hubo otra pausa.

—La policía no tiene, por el momento, nada contra usted —dijo Stinker, en su tono incoloro—. Adiós, Richmond.

Richmond, perplejo, cortó la comunicación. Stinker le había desconcertado. Esperaba de él una reacción violenta, se la habían anticipado «Ranita» y Rhea por lo que cada una le oyó decir, y el jefe de policía se desinflaba como un globo ensartado en un pararrayos. Podía ser debido al fulminante éxito en la búsqueda de las tabaqueras y a la consideración de cómo influiría sobre la opinión pública, pero igualmente podía obedecer a otras causas mucho menos claras.

Encogiéndose de hombros, el detective prosiguió su camino. Le mostró su credencial al guardián del Depósito y el agente asintió. Luego, Stinker le había ordenado realmente franquearle el paso, se dijo Richmond. No alcanzaba a comprender aquel alarde de buena voluntad.

En la cámara, había tres cuerpos. Uno era el de un viejo con la piel de color verde, otro el de Ernie y el tercero el de Belle Mason. Richmond retiró la sábana que lo cubría. La muchacha semejaba una estatua labrada en mármol oscuro, armónica y perfecta, pero su rostro producía horror. El tiro le había volado el cráneo, destrozándole la cara. En torno a su boca desgarrada, la deflagración de la pólvora le había quemado la piel. El detective trató de evocarla tal como la vio la víspera, y no pudo. Sintió que las náuseas le volvían. Cubrió el cadáver con la sábana, se apartó y encendió un cigarrillo.

Había supuesto de antemano lo que iba a ver, pero quiso verlo a pesar de todo. Lo necesitaba. Era como un espilonazo a su conciencia.

—¿Quién es el viejo? —preguntó al guardián.

—Lo arrolló un autobús.

No sabía más.

Richmond salió, pendiente el cigarrillo de la comisura de los labios y una profunda arruga en la frente. A la puerta del Depósito había un «Lincoln» verde botella. En pie junto al capó sonreía un hombre de mediana estatura y rostro simpático, un poco calvo, vestido de gris.

—¿Mike Richmond? —preguntó, cuando el detective pasó por su lado.

Richmond se detuvo.

—Sí.

El hombre abrió la portezuela del coche.

—Me llamo Flanagan. Ya me pareció verte entrar ahí. Digby nos envió en su busca, quiere hablarle.

Richmond entró en el coche y el hombre se sentó a su lado. Había otro más alto y más recio, al volante del coche que inmediatamente arrancó.

—¿Ocurre algo? —preguntó el detective.

Flanagan encendió un cigarrillo.

—Ocurrirá.

—¿Y pues?

Flanagan se metió la mano en el bolsillo y la sacó armada de una pistola. Toda su simpatía se esfumó de repente.

—De momento —dijo—, lo único que ocurre es que es usted tonto de remate. Muchas gracias por facilitarnos tanto las cosas.

Richmond, con la pistola adosada a las costillas, permaneció inmóvil mientras el hombre le cacheaba y le libraba del «38» que llevaba en la funda axilar. Ahora, demasiado tarde, se había fijado en los ojos de Flanagan: eran los ojos de un homicida.

—¿A quién debo este trato de favor? —inquirió.

Flanagan señaló con la cabeza al hombre del volante.

—A Loue y a mí. Es cosa personal. Vimos su foto en el periódico y no nos gustó. Cuidado—. Richmond se había movido solo para arrellanarse en el asiento—. Quédese quieto, camarada. Será todo más dulce.

El «Lincoln» corría lanzado por la Avenida Central. Richmond, inmóvil, ya no dijo nada. Vio desfilas las últimas casas de la ciudad, las colinas, y luego se encontró en la carretera del desierto. La carrera duró diez minutos largos. El hombre del volante, al fin, aminoró la marcha y se metió por un arenoso camino lateral. Se colocó detrás de una duna y aplicó los frenos.

—Abajo, pimpollo —dijo Flanagan.

Richmond abrió la portezuela y se apeó. Flanagan, pistola en mano, lo hizo detrás de él.

CAPÍTULO VIII

El sol caía a plomo y la arena ardía. El único signo de vida visible eran unos sahuaros que apuntaban al cielo con sus dedos rígidos y, lejos, la mancha polvorienta de unos mezquites. El punto donde el llamado Loue detuvo el coche quedaba, por las dunas, totalmente oculto a la carretera. El mismo Loue se había apeado ya. Plantado con las piernas abiertas, la mirada torva y una mano en el bolsillo de la americana, les observaba atentamente.

Cara a cara, Richmond y Flanagan se habían detenido como a cuatro metros del «Lincoln» gris.

—Bueno —dijo el segundo, fríamente—, va usted a recibir una lección como no le dieron ninguna en la escuela. Nosotros procedemos por etapas. Esta es la primera. Si antes de oscurecer no ha salido de la ciudad, llegará la segunda. La tercera no creo ya la soporte.

El detective se esforzó por sonreír.

—Habla usted demasiado.

—¿Sí? —dijo Flanagan.

Adelantó un paso, levantó la pistola y pretendió pegarle con ella a Richmond en la cara. Pero Richmond tenía suficiente experiencia en aquellas lides para haber adivinado sus intenciones. Hizo un rápido quiebro, esquivó el golpe y, con la mano abierta, le descargó al hombre un salvaje latigazo en el cuello. Flanagan se precipitó de bruces como fulminado por un rayo.

Sonó un tiro. La bala, a los pies de Richmond, se hundió en la arena, levantando una nubecilla.

—Quieto —dijo Loue.

Enfrentado al negro hocico de una «Luger», el detective no se movió. Durante unos segundos no ocurrió nada. Después, lentamente, se levantó Flanagan. Tenía la boca llena de polvo. Escupió.

Amenazado por el arma, esta vez no se atrevió Richmond a eludir el ataque. Lo aguantó a pie firme. Flanagan cayó sobre él blasfemando a media voz. El detective, cuidando de no hallarse al descubierto ante Loue, se protegió la cara con el brazo izquierdo y llevó el puño derecho al estómago de su contrincante. Esto no frenó a Flanagan, aunque disminuyó su vigor. El cañón de la pistola atinó a Richmond primero a un costado de la cabeza, luego en un

hombro. El primer golpe fue el peor, porque le aturdió. Se sintió desfallecer. Comprendió que estaba disto si perdía el equilibrio, pero no pudo evitarlo. Se le doblaron las rodillas. Flanagan le lanzó un puntapié al bajo vientre que le dejó tendido en el suelo, gruñendo de dolor. Por un instante perdió la conciencia de cuanto le rodeaba. Un alud negro le envolvió.

—No hay que perder la calma —oyó decir a Loue, algún tiempo después—. Despacio y con buenos modos, Slim, ve dándole donde más le duela. Ahora espera a que despierte.

Richmond sintió decrecer paulatinamente la ola de dolor que recorría su cuerpo. Quemándose la mejilla contra la arena, esperó. Cuando se atrevió a mirar, distinguió a los dos hombres casi a su lado, esperando también. Loue le encañonaba todavía, pero Flanagan había sustituido la pistola por una cachiporra de cuero.

Al darse cuenta de que había vuelto en sí, el segundo se apresuró a entrar en acción. Golpeó a Richmond en la mandíbula, casi con delicadeza. Luego le agarró de las solapas y quiso enderezarle.

El detective contrajo los músculos. Los distendió de pronto, pegando con ambos puños en los ojos de Flanagan y poniendo en el impulso toda la rabia que el golpe bajo había acumulado en su interior. Flanagan no esperaba una reacción tan violenta. Recibió de lleno el impacto y lanzó un alarido. Richmond, viendo que Loue se acercaba a saltos, se aferró a él para utilizarle a modo de escudo. Loue disparó, prácticamente a quemarropa. La bala se perdió. Flanagan, cegado, pataleaba desesperadamente. El detective estrechó su abrazo cuando adivinó que Loue disparaba de nuevo. Y la bala no se perdió esta vez: entró en la caja torácica de Flanagan con un sordo ruido como de tambor roto.

Mientras Loue pronunciaba una terrible maldición, Richmond registró ansiosamente las ropas del hombre que ahora se estremecía apoyado en su pecho. Palpó la culata de un arma y tiró de ella. Era su «38».

Loue se lanzó como loco en busca de la protección del coche. Los hábiles dedos del detective oprimieron el gatillo antes de que la alcanzara. El proyectil le dio a Loue en una oreja y por allí le entró en el cráneo. El hombre murió instantáneamente, cuando estaba todavía corriendo. Enseguida empezó a teñir de sangre la arena.

Richmond soltó a Flanagan, que se desplomó como un muñeco grotesco. A juzgar por su apariencia, la bala de Loue le había roto la espina dorsal. Había perdido el sentido, se desangraba a chorros y no tardaría en morir. Él detective le acomodó sobre el ardiente suelo lo mejor que supo y retrocedió al coche para dentro de él,

fumarse un cigarrillo. Tendido en el asiento, cerró los ojos. Tenía la ropa empapada en sudor.

Cuando terminó de fumar, Flanagan era ya cadáver. Arrodillado a su lado, le sacó del bolsillo la cartera. En esta encontró una credencial de agente detective del Cuerpo de Policía de Magdalena.

Loue tenía otra igual, a nombre de Louis Willard.

—Guardias —dijo Richmond, en voz alta—. ¡Oh, claro, había de ser así! Stinker no quiere comprometerse. Oficialmente, me deja en paz; extraoficialmente, envía contra mí a sus pistoleras. Y qué par de zánganos inútiles, Dios me perdone.

Los dos muertos se cocían al sol. Guardándose las credenciales, el detective los trasladó uno a uno a la trasera del coche. Luego montó, empuñó el volante, dio vuelta y lo sacó del arenal.

Un cuarto de hora después abandonaba el «Lincoln» frente a las primeras casas de Magdalena y continuaba a pie hasta encontrar un taxi. Se hizo llevar al hotel. Subió a su habitación, se refrescó y se mudó de ropa. Abriendo la maleta, repuso en el cilindro del «38» la munición que había consumido. A continuación, tranquilo y en orden, metió en un sobre las dos credenciales, lo cerró y escribió el nombre de Stinker en él. Tomó el teléfono y pidió un mensajero a la centralilla.

Cuando hubo despachado al mensajero hacia el Cuartel Central de policía, discó el número del «Tribune» y supo de la redacción del periódico que encontraría a «Ranita» Grant en su casa. Llamó a esta.

—«Ranita» —dijo, cuando obtuvo comunicación con la muchacha—, queda en pie una invitación a cazar osos.

—¡Mike! —exclamó ella—. ¿Cómo no me has dicho nada antes? ¿No has leído nuestra edición matinal?

—La he saboreado.

—¿Y qué piensas?

—En este momento no quiero pensar nada. «Ranita», he de salir a cazar osos o reventaré.

La joven notó algo raro en su voz.

—¿Qué te pasa, Mike?

—Luego te lo contaré.

—Pues ven, date prisa. Te espero.

Al embocar la calle donde vivió siendo niño, Richmond experimentó la hiriente sensación de que el tiempo se había inmovilizado. Todo estaba igual, comenzando por su antigua casa. Los inquilinos actuales la habían repintado y presentaba el mismo aspecto que entonces. El detective se detuvo un momento, con los

ojos entrecerrados. Pensó fugazmente en sus padres, en sus años de escolar, en aquella época remota, cuando todo tenía un sentido nuevo, de cosa recién descubierta, maravillosa, excitante. Esto era lo único que no volvería jamás. Sus padres murieron, él estuvo en la guerra y, lo que era peor, estuvo en la paz. No había modo de cambiarle lo que era parte de su propia persona.

Junto a su casa estaba la de los Grant. Exactamente como en otro tiempo. Solo los árboles del jardín habían crecido un poco.

«Ranita» le esperaba en la veranda. Richmond se sorprendió, como se sorprendiera la víspera, de verla convertida en una mujer. Y súbitamente descubrió que aquella metamorfosis tenía para él una importancia extraordinaria.

La muchacha vestía una blusa roja, sin mangas, y unos *shorts* azules que descubrían sus morenas y bien formadas piernas. Tendió hacia Richmond las manos, con los ojos llenos de luz.

—Mis padres se morían de ganas de verte —dijo—, pero los he enviado al cine. Me na parecido que lo preferirías.

—Es cierto —asintió el detective.

—Ven acá —«Ranita» había preparado botellas y vasos en una mesa. Los sillones extensibles de la veranda eran nuevos, de alegres colores—. Siéntate. La gente como tú y como yo puede cazar osos en cualquier parte. Necesita un bosque tanto como un rifle.

Richmond se acomodó en un amplio diván verde, junto a ella. No hacía calor. La tranquilidad, lejos del tráfico del centro, era absoluta. El detective notó inmediatamente que se le infiltraba en el alma.

—Has adivinado mis deseos del primero al último, «Ranita» —declaró—. Y algunos extra, para colmo.

—¿Por ejemplo?

—Esas botellas. Anoche me emborraché. Solo, en mi cuarto. Todavía no he comido.

Ella no pareció sorprenderse.

—¿Tienes hambre?

—No.

—Mike, ¿qué te ocurre? No me gusta tu cara. Estás cansado, o enfermo, o no sé...

—«Ranita».

—¿Qué?

—Eres una muchacha preciosa. Nunca encontré a ninguna como tú.

La muchacha se ruborizó.

—Mike, no digas tonterías.

Richmond se extendió en el diván y apoyó la cabeza en su regazo. Ella le acarició con las manos la frente.

—No son tonterías, «Ranita». Anoche me emborraché. Lo hice porque he perdido mí, como diría, mi orden interior. No debí volver a Magdalena. Estoy loco. Y tú tienes parte de culpa.

—Calla, Mike.

—Déjame seguir. Tú tienes parte de culpa, y también la tuvo Ernie Loring, y Stephanie Jakobs, y Belle Mason, y la ciudad entera. He visto a una mujer suicidarse porque su hombre había muerto. Y luego, alguien me suplicó que no muriera, nadie más. Qué cosas, «Ranita». Hace un rato, esta misma, tarde, he matado a dos hombres.

Las manos temblaron, apoyadas en la frente.

—Mike.

—A tiros —prosiguió Richmond—. Eran policías. Me llevaron a dar un paseo. Stinker los envió para que me convencieran de que debo abandonar la ciudad. Lo malo es que, probablemente, tiene razón. Dios sabe lo que pasará si me quedo.

Hubo un silencio.

—¿Te irás?

—Quiero vengar a Ernie y a Belle.

—Y Magdalena te necesita.

—Al cuerno Magdalena. Un estercolero, qué asco. «Ranita», voy a descubrir por qué murió Ernie Loring, cueste lo que cueste. Es un misterio apasionante. No tengo más que una idea, y me la ha inculcado Stephanie: Ernie no hubiera muerto de no estar las elecciones tan próximas.

—¿Eso acusa al grupo del alcalde?

—Todo lo contrario.

—¿A Digby?

—¿Quién sabe?

—Por favor, Mike.

—¿No te das cuenta? Un asesinato sensacional ante el que la policía se muestra impotente es la mejor base para una publicidad feroz contra la administración pública. Y la campaña de publicidad ha empezado ya esta mañana en el «Tribune». Hará daño. ¿Cómo quieres que el equipo de Kranz se exponga a una cosa así? No, estos días andan con pies de plomo. Ellos no pueden haber matado a Ernie, no desatarían el cataclismo sobre sus propias cabezas.

—A no ser que tengan preparada una captura igualmente sensacional del asesino. Una farsa completa, Mike.

—Eso es una barbaridad.

—No lo es si sirve para ganar unas elecciones. Por lo menos, no lo es más que acusar a Digby de planear el asesinato para poner en evidencia la ineptitud de Stinker. Y así ocurriría que Stinker intentaría sacarte del paso para que no te anticiparas a su solución. Y encima, Digby es amigo tuyo y no puedes hablar de él de ese modo.

—Ahora no estoy pensando en amigos y enemigos. Trato de ser imparcial.

—Matando a dos policías.

—Incluso matándolos.

—Parece como si su muerte te hubiera importado muy poco.

La voz de la muchacha reflejaba amargura. Richmond se incorporó y la miró a los ojos.

—Nena, no te equivoques. Me duele en el alma haber matado a esos dos hombres. Quién sabe si en alguna parte tendrían una madre que esperaba su regreso... una madre que los cuidó cuando enfermaron del sarampión, que les limpió los mocos, que los amamantó en su pecho y les mudó los pañales... Pero esto no tiene nada que ver. Si Digby ha asesinado a Ernie, lo pagará. E igual lo pagarías si lo hubieras asesinado tú.

«Ranita» pestañeó.

—No te entiendo.

—Quiero decir que la casa ya no está en que a un ricacho caprichoso le hayan robado unas cuantas tabaqueras. Hay vidas de por medio. Y puesto que las hay, me parece indecoroso jugar con ellas para que alguien, cualquiera, gane unas elecciones.

—De modo que te echas atrás.

—Hasta, que sepa por qué ha muerto Ernie. Trata de comprenderlo, «Ranita».

—Pero eso es lo mismo que acusar a Digby.

—Si estuviera acusando a Digby, iría a ponerme junto a Stinker y le ayudaría a empujar en su dirección, sea cual sea. Únicamente aspiro a la imparcialidad.

—Así, no quieres que el «Tribune» siga usando tu popularidad en favor de la nueva candidatura.

—Exacto.

—¿No será que tienes miedo a la reacción de Stinker cuando sepa que has matado a dos de sus agentes?

—Stinker lo sabe ya, y no me apura. No dará por eso un solo paso contra mí. Apuesto mi sombrero, «Ranita». Sus hombres no obraban como policías, no le queda otra solución que echarle tierra al asunto.

—¿Estás seguro, Mike?

—Conozco el paño. Espera y verás.

La muchacha suspiró.

—Tú sabrás lo que haces.

Richmond volvió a recostar la cabeza en Su regazo.

—He venido con la esperanza de que me comprendieras.

Hubo un largo silencio.

—Te comprendo —dijo «Ranita»—. No es difícil, Mike. Obras como te dicta tu conciencia. Mejor así.

Y se inclinó sobre él para besarlo.

CAPÍTULO IX

Richmond se restañó el sudor con el pañuelo. Dentro de la cabina telefónica hacía un calor agobiante.

—Me parece bien —dijo la voz cascada de Wiggins, desde el otro extremo del hilo—. Pero no soy yo el único interesado en hablar con usted, según creo.

—¿Quién más?

—El alcalde.

—Quiero advertirle por anticipado que no estoy dispuesto a aguantar sermones. Si accede usted a verme, adelante; si no, a otra cosa. No sé que el alcalde tenga con esto la menor relación.

Wiggins emitió un murmullo.

—Ya le he dicho que sí, que accedo y gustoso. Atiéndame, Richmond. Le esperaré pongamos dentro de media hora en mi despacho. Kranz se hallará presente en la conferencia. No estorbará, es en interés de todos.

—¿Dé qué todos?

—De nosotros, de usted, del propio Digby Dulles, de la ciudad.

—No me diga.

—¿Vendrá a mi despacho, Richmond?

—¿Dónde está?

—En el último piso del edificio Mulford.

—Iré. Pero conste, Wiggins, que no le he citado a usted para hablar de política.

—Entendido. Y muchas gracias.

—¿Por qué?

—Usted me ha devuelto mis tabaqueras.

—El favor, devolviéndoselas, se lo he hecho a Dulles. Ha leído usted el periódico, ¿no?

—Sí —repuso Wiggins, apagadamente.

—Por otra parte, las tabaqueras robadas eran veinte. Le he devuelto diecinueve nada más.

—Eso no tiene importancia.

—Ya veremos.

—¿Dentro de media hora, Richmond?

—Conforme.

Richmond salió de la cabina. Eran las seis y media de la tarde y el ambiente empezaba a refrescar. Soplaban un poco de viento. Por

encima de la ciudad se veían correr unas nubes deshilachadas, largas, grises.

Hacia unos minutos que se había separado de «Ranita» Grant en la puerta del edificio del «Tribune». Ahora, por primera vez desde que se levantó de la cama, sentía apetito. Esto le alegró, porque significaba que su estómago y su hígado volvían a entrar en funcionamiento. Sonriendo, fue hasta una cafetería de la calle Mayor y pidió un *hot-dog* y una cerveza. Entre consumirlos, hojear el periódico de la tarde —donde se le sacaba su jugo al suicidio de Belle Mason— y fumar un cigarrillo, se le pasaron veinte minutos. El reportaje sobre la muerte de Belle atrajo su atención. Si el hecho fue un asesinato, se dijo, Stinker había sabido camuflarlo divinamente. La evidencia no aparecía, por ninguna parte: a la muchacha se la encontró sola, encerrada por dentro en su dormitorio, con el revólver entre las manos, muerta. El primer informe del forense no ofrecía lugar a dudas: suicidio.

Y fue un suicidio, Richmond sabía que lo fue. Una persona desconocida, por un motivo desconocido, había matado a Ernie; pero Belle se mató a sí misma y por un motivo perfectamente concreto.

A las siete, el detective se encaminó al Edificio Mulford. Era el inmueble comercial más nuevo de Magdalena y su esbelto prisma de treinta pisos se alzaba junto al Parque Sutter. Una placa de mármol negro, en el vestíbulo, indicaba que la «Wiggins Corporation» tenía en el ático sus oficinas. Richmond subió en un ascensor expreso. Luego llamó a una pesada puerta de madera, donde la placa estaba reproducida en menor tamaño.

Le abrió una rubia rolliza vestida de gris.

—Wiggins me espera.

La rubia pestañeó.

—¿Es usted el señor Richmond?

—Sí.

—Haga el favor.

El detective la siguió por un pasillo, sobre una alfombra de tres dedos de grueso. El local estaba climatizado y se respiraba una frescura deliciosa, casi aromática.

Wiggins se encontraba en su vasto y lujoso despacho. En seis años apenas había envejecido, quizá porque no podía envejecer más. Tenía el mismo aspecto de carcamal baboso, trajeado pomposamente, con la calva rugosa y el perpetuo cigarro en el hocico. Sus ojuelos ávidos chispeaban. Le temblaban un poco las manos y movía la cabeza de un lado a otro como un gorrión.

Hawkie Kranz, el alcalde, parecía a su lado insultantemente joven, e incluso apuesto. Era un hombre de buenas carnes, rostro jovial, gafas y cutis sonrosado. Iba en mangas de camisa y le cruzaba la corbata un pasador con la insignia del club de golf local. Aunque sonreía, a Richmond se le antojó manifiestamente inquieto.

—Puede marcharse, Sally —dijo Wiggins, con su voz de setentón.

La rubia desapareció y cerró la puerta.

—Supongo que es obligatorio declarar que me alegra verles —sonrió Richmond—. En el fondo, puede que sea verdad.

Wiggins, solemne, le indicó un sillón.

—Siéntese. ¿Bebe algo?

Richmond se sentó.

—Hoy no —repuso.

—¿Un cigarro?

—Tampoco.

Wiggins fue a instalarse detrás de su escritorio.

—No debió hacerlo —dijo de sopetón.

—¿Hacer qué?

—Lo de Willard y Flanagan. Ha complicado mucho las cosas. Y encima tuvo la desfachatez de enviarle sus credenciales a Stinker.

—¿Para qué las quería yo?

—No sea estúpido. Stinker obró con los pies, a qué negarlo, pero, dado su modo de enfocar el problema, tenía razón. Ahora me las he visto y deseado para refrenarle. Sus hombres se suben por las paredes. Usted sabe, probablemente, lo que es el espíritu de cuerpo. Algo sagrado, Richmond. No se asombre sí, obrando por cuenta propia, cualquiera de nuestros agentes de policía le mete a usted cuatro balas en el estómago.

Richmond miró al viejo cara a cara.

—También Willard y Flanagan aseguraron obrar por cuenta propia.

—Usted sabía que no.

—Yo sabía un cuerno. Nadie me dijo que eran policías. Cuando dos pistoleros me llevan al desierto para aporrearne, acostumbre a defenderme. No tengo la culpa de que Stinker me tomara por un pipiolo y enviase contra mí a dos ganapanes que mejor hubieran hecho dedicándose a cultivar hortalizas. No nací ayer, Wiggins. Y, en suma, ellos dispararon antes que yo. Me habían hasta quitado el revólver. Si Stinker intenta armar ruido a costa de esto, las pasará negras.

—Pudo ser más discreto, en todo caso. No fue prudente dejar el

coche en una esquina con los dos cadáveres dentro. La opinión...

Richmond se puso repentinamente en pie.

—No he ocultado a nadie que yo maté a ese par de patosos. La opinión es cuenta suya. Y le advertí que no he venido a escuchar sermones.

—Espere.

—Al diablo.

—Espere, dejaremos aparte esta cuestión. Tengo que hacerte una oferta.

—¿Usted a mí?

—No exactamente yo. El alcalde.

Richmond se volvió a este.

—¿Y bien?

Kranz se aclaró la garganta.

—Las circunstancias... un tanto especiales... y la pericia que usted ha demostrado en el robo de que fue víctima el señor Wiggins... bien, me inducen a ofrecerle el cargo de comisario especial de la municipalidad para la investigación del asesinato de Ernie Loring.

—¡Oiga!

—Con un sueldo de mil dólares diarios y una prima mínima de cinco mil que aumentará en proporción inversa al número de días que tarde usted en resolver el caso —concluyó Wiggins.

Richmond se quedó un instante boquiabierto de asombro.

—Francamente, no esperaba una cosa así —admitió—. Le felicito, Wiggins. Un golpe maestro. Ahora comprendo por qué dice usted que Stinker obró con los pies: su táctica es mucho más efectiva.

Wiggins movió arriba y abajo su cigarro.

—¿Acepta?

—Lo que usted quiere es comprar por un fajo de billetes mi amistad con Digby Dulles y sumar a su equipo mi momentánea popularidad.

—Yo no compro nada. Sé que es usted un hombre honrado. Si se ha propuesto aclarar el asesinato de Loring, y estoy seguro de que sí, no puede rechazar la distinción de que el alcalde le hace objeto. Esto no le compromete en ningún sentido. Trabaja por el bien de la ciudad y por el cumplimiento de la justicia. Si encima es usted amigo de Dulles, tanto mejor para él. A mí no me importa.

—¿Qué es lo que le importa, entonces?

—Que el asesino de Loring sea descubierto. La presente situación es insostenible. Necesitamos haberla resuelto antes de que

lleguen las elecciones. Para bien o para mal. Si para mal, no nos perjudicará más de lo que nos perjudica ahora.

—Entiendo. Pero esto colocará a Stinker y a la policía en una falsa posición.

—Tampoco me importa Stinker, no ganaremos las elecciones por ni para él. Los hombres en sí mismos no cuentan. Si a Stinker hay que sacrificarle, otro ocupará su lugar. Usted, por ejemplo.

—No, gracias.

—Le estoy hablando en serio.

—Me doy perfecta cuenta. Wiggins, ¿sabe usted que me he negado en redondo a que el «Tribune» utilice mi nombre para la publicidad electoral de Digby Dulles? ¿Sabe que mi nombre no volverá a mencionarse en política hasta que el asesinato de Ernie Loring quede aclarado?

El viejo enarcó las cejas.

—¿Usted ha hecho eso? ¿Por qué?

—Porque cuatro personas han muerto violentamente desde que llegué a Magdalena y no consiento que se especule con su muerte para beneficio de unos o de otros.

—Me parece muy noble. Y muy noble que me lo diga.

—En estas condiciones, ¿mantiene su oferta?

—Sí.

Richmond rio.

—Es el alcalde quien debe responder.

—Él no tiene en esto voz ni voto.

—Muy bien —dijo el detective—, aceptaré su proposición, pero en los mismos términos: dimitiré acto seguido si es utilizada para la campaña electoral. ¿La mantiene todavía?

Wiggins golpeó el escritorio con sus prehistóricos nudillos.

—¿Cómo he de darle a entender que lo único que quiero es encontrar cuando antes al asesino de Loring?

—¿Qué pasará si el asesino está de algún modo vinculado a su candidatura?

—Acepto el riesgo.

Richmond se encogió de hombros.

—De acuerdo, entonces. Nómbrame lo que le venga en gana y empiece a firmar cheques. Naturalmente, habrá, de dar la noticia en la prensa, pero de la sin bombo. Usted sabrá lo que le conviene.

Wiggins exhaló un largo suspiro de satisfacción.

—El nombramiento, Kranz —pidió.

El alcalde levantó un portafolios de junto al sillón donde estaba sentado y sacó de él dos hojas mecanografiadas, que tendió a

Richmond. Este las leyó. Eran el nombramiento y su copia, firmados ya por el alcalde y con todos los estampillados de rigor.

Quedaba un espacio en blanco para su propia firma.

Fue a estamparla sobre el escritorio, ante los ojillos malignos de Wiggins.

—Tengo la impresión de que cometo una estupidez —dijo luego.

—Se equivoca. Ha demostrado ser un hombre inteligente.

Richmond entregó a Kranz un ejemplar del mandamiento y se guardó el duplicado.

—Necesito saber una cosa, Wiggins.

—¿Y es? —preguntó el viejo.

—¿Estaba Ernie Loring relacionado de algún modo con la lucha electoral?

—¿Loring? No, ni remotamente.

—¿Tampoco por parte de Dulles?

—Tampoco.

—¿Usted le conocía?

—No.

—¿Está relacionado con las elecciones el robo de las tabaqueras?

—Si tal relación existe, yo la ignoro. Y me parece absurda. Richmond, ¿quién le ha metido semejante idea en el seso?

—Alguien que, por lo general, sabe de lo que habla. Pero la idea va más allá todavía. Este nombramiento, Wiggins, ¿no será echarme tierra a los ojos para que no vea lo que debo ver?

—Juego limpio, Richmond.

—Usted no ha jugado limpio en su vida.

—Esta vez, sí. No tengo otro remedio.

—¿Y qué hay de la tabaquera que falta? ¿Qué puede decirme de ella?

—Puedo describírsela.

—Conozco la descripción. ¿Algo más?

—Nunca vi nada que se saliera de lo corriente.

—¿La tenía hace mucho tiempo?

—No, es la última que adquirí.

—¿Cuándo?

—Como dos semanas atrás.

—¿A quién?

—Uno de mis agentes la compró en una subasta celebrada en San Diego.

—¿Quién es ese agente?

—Un Anticuario llamado Seruyan. San Diego, calle de México,

número 77.

Richmond anotó rápidamente el nombre y las señas.

—Pero en la relación de piezas desaparecidas, esa tabaquera figuraba como procedente de un sujeto apellidado Hooker. Así me lo dijo su esposa, Wiggins asintió.

—Hooker fue su anterior propietario. Murió, se subastaron sus bienes, y así pasó a las manos de Seruyan y luego a las mías.

—Y luego a las de Loring y luego a las de Dios sabe quién.

—Cuide de averiguarlo.

Richmond se oprimió con las manos las sienes.

—Es de locura. Supongamos que esa tabaquera tenga un valor excepcional que usted no supo descubrir y que por causa de ella murió Ernie Loring; supongamos ese valor tan grande como para que su asesino desestimase los casi ochenta mil dólares que valían todas las demás. ¿Lo cree posible?

Wiggins titubeó.

—Reconozco que no la examiné a fondo, pero a simple vista no se le notaba nada de particular. Valdría cinco mil dólares a lo sumo. Cuatro mil doscientos fue lo que pagué por ella.

—¿Puede usted ocuparse de que la policía esté atenta a su reaparición?

—Desde luego.

—Hágalo. Yo me iré esta noche a San Diego e intentaré descubrir la pista desde más atrás.

—Irse a San Diego es una buena idea —dijo Wiggins—, aunque no encuentre nada. Conviene que aquí se calme la tempestad. Cuando usted vuelva, el Cuartel Central de policía se habrá ya tranquilizado. Sin embargo, Richmond, ¿le parece de veras que esa tabaquera tiene alguna importancia?

—Ha de tenerla. La muerte de Ernie Loring ha sido, en apariencia, perfectamente inútil, totalmente inesperada, absolutamente inexplicable. El único detalle que encaja en su marco absurdo es la desaparición de la tabaquera. Si no es así, me doy por vencido.

—Ya veo —gruñó Wiggins.

Kranz, pensativo, se restregaba la nariz. Richmond le miró y se dispuso a marcharse.

—Una última aclaración, Wiggins—, dijo todavía—. Esta actitud tan amistosa, tan conveniente para mí y tan distinta de lo que podía deducirse de la conducta de Stinker, ¿acaso le ha sido sugerida por otra persona? ¿O la ha madurado usted solo?

El viejo tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—Si con eso de otra persona alude a Rhea —repuso—, sí.

CAPÍTULO X

Richmond alquiló un coche en un garaje próximo a su hotel y, antes de ponerse en camino, hizo dos llamadas telefónicas. La primera fue a Rhea.

—He hablado con tu marido —dijo—. Supongo que debiera darte las gracias, pero no lo haré. Tú nunca has dado algo a cambio de nada, paloma. Ahora echas tu anzuelo, y muy bien cebado. Perfectamente. Lo considero el pago del servicio que indirectamente le he prestado a Wiggins y estamos en paz. No me vengas con reclamaciones futuras.

—Qué borrico eres —replicó la mujer—. De no haberle interesado, Percy no hubiera contratado tu colaboración.

—Quizá. Hazle un mimo de mi parte cuando le veas, preciosa.

La segunda llamada fue para «Ranita» Grant.

—Vas a llevarle una sorpresa —dijo el detective—. Kranz me ha ofrecido un nombramiento de comisionado especial de la municipalidad para la investigación del asesinato de Ernie Loring, con, agárrate, mil dólares diarios de sueldo.

La muchacha, al principio, no respondió.

—Y has aceptado —articuló después.

—¿A ti qué te parece?

—Pensando en lo que me has dicho esta tarde, que sí.

—Cierto, he aceptado. Tendrás que esforzarte un poco por hacerle comprender mi posición a Digby, pequeña. Dile que no quiero nada con la campaña electoral hasta que el caso se haya resuelto. Así mismo. Si no le ciega la política, lo entenderá.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—Porque salgo en este instante hacia San Diego.

—¿Es una condición que te ha impuesto Kranz? —preguntó «Ranita» mordazmente.

—Voy en busca de una pista muy remota: la que conduce desde la tabaquera número veinte al asesino de Ernie, pasando por las elecciones.

—¿Algo publicable?

—Todavía no, excepto que trabajo a sueldo del municipio. Me gustará ver cómo da el «Tribune» la noticia.

—No es difícil. ¿Cuándo volverás?

—Ni idea. Pero me pondré en contacto contigo si hay novedades,

y te lanzaré un cable si en algún momento necesito cazar osos. San Diego queda cerca.

—Ve con cuidado, Mike.

—Descuida.

Richmond cenó en un parador de la ruta, tomó habitación en el «Hotel Búfalo» cuando llegó a San Diego, se duchó y se fue a dormir.

Por la mañana, temprano, fue a ver a Seruyan. El anticuario tenía un establecimiento importante en la calle México, con los aparadores llenos de *totems* indios, mantas, cacharros, imágenes talladas en madera y armas. Era un hombre de tez marchita y nariz bulbosa, que usaba unas redondas gafas negras y hablaba con voz de asmático.

—El señor Wiggins ha sido cliente mío muchos años —dijo—. Si está en un apuro y puedo resolverlo —dio una mirada al nombramiento que le mostraba Richmond—, lo resolveré.

—¿Usted no vende más que cachivaches indígenas?

—Lo vendo todo, con tal que sea viejo, o lo parezca. Las cosas indígenas son para el turismo, pero, ¿qué quiere usted? ¿Libros? ¿Pipas? ¿Relojes? ¿Porcelanas? Hago cada dos años un viaje a Europa y tengo tres fábricas de antigüedades trabajando para mí. Estoy bien surtido.

—¿Fábricas de antigüedades?

—Dos en Los Ángeles y una en San Diego. ¿O se figura que todas las antigüedades que compra la gente son antiguas de verdad?

—No me figuro nada. Diga, ¿de qué modo sirve usted a Wiggins?

El anticuario apartó un escudo de guerra tolteca, sacudió una silla Luis XV y se sentó.

—Le sirvo como un sabueso. Usted sabe que el señor Wiggins colecciona tabaqueras. Bueno, todos los anticuarios del país estamos más o menos en contacto, y cuando surge algo interesante nos enviamos aviso. Uno quiere tabaqueras, otro programas teatrales, otro libros de salmos, otro abanicos. Así se satisface a todos.

—Y usted se encarga de conseguir tabaqueras para Wiggins.

—Para él tabaqueras, sí.

—¿Hay otros chillados?

—A montones. Uno, en Hollywood, colecciona juegos de naipes. ¡Soy también su agente!

—¿Lo es de muchos?

—Dieciocho.

—¿Tiene Wiggins otros agentes?

—Uno en Nueva York, otro en París y otro en Londres.

—¿Incluso en Europa?

—¿Por qué no?

Richmond sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció a Seruyan, que rehusó. Encendió uno y proyectó el humo al techo.

—Lo que me ha traído aquí —declaró— ha sido la última tabaquera que usted le procuró a Wiggins, un trasto de platino y piel de yacaré que costó cuatro mil y pico de dólares.

Una sonrisa iluminó el feo rostro del anticuario.

—Oh, sí, una joya, un hallazgo precioso.

—Se la compró usted a un sujeto llamado Hooker.

—No, la compré en una subasta. Es raro, rarísimo, que un hecho así se produzca en San Diego. Aquí, esa clase de piezas no aparece nunca en el mercado. Fue casualidad.

—Pero, ¿perteneció a Hooker?

—Sí, creo que se llamaba Hooker.

—¿Quién era?

—Alguien que murió. Salieron a subasta, además de la tabaquera, unas azagayas guaraníes, unas cabezas reducidas, una caja de fichas de nácar y un biombo de laca roja. Lo adquirí todo y volví a venderlo inmediatamente. Fue un buen negocio.

—Luego. ¿Hooker coleccionaba antigüedades?

—Supongo que no. En algunas casas, sobre todo en las de familiares o descendientes marinos, se encuentran maravillas.

—¿De dónde procedía la tabaquera?

—Del Brasil.

—¿Vieja?

—De comienzos del siglo pasado.

—¿Observó usted en ella algo especial, algo que pudiese concederle, ante determinados ojos, un valor muy superior al precio que usted le cobró a Wiggins?

—No, no, era una tabaquera como todas. Sé por qué me pregunta eso, lo he leído en los periódicos; al señor Wiggins le saquearon la colección y ha recobrado lo perdido, salvo una pieza. Si lo que me pide es una explicación, no se me ocurre ninguna.

—¿Puede usted obtener algunos datos acerca de Hooker? ¿El lugar donde vivía, por ejemplo?

—Lo intentaré.

Seruyan se levantó y Richmond ocupó la silla Luis XV, en tanto el hombre, sorteando obstáculos, se dirigía al fondo del local para telefonar. A los diez minutos regresó, con una nota manuscrita.

—He llamado a los subastadores —anunció—. Según sus datos,

las propiedades de Hooker se vendieron para saldar unas deudas relativamente crecidas. Sus herederos se repartieron lo que quedó, que fue poco. Eran parientes lejanos y designaron un procurador. El procurador fue Lucius Clark, que tiene su despacho en el 202 de la Avenida Ocean. Hooker vivía en la calle Lafayette, número 6. Uno de los acreedores era su casero. Es él quien vive ahora allí.

—Magnífico —dijo el detective Me ha prestado usted un servicio inestimable.

—Lo celebro. Salude al señor Wiggins.

El doscientos dos de la Avenida Ocean era un edificio de oficinas de aspecto gris y utilitario. Lucius Clark ocupaba un despacho del tercer piso. Tenía en la antesala un muchacho de cutis granujiento y una taquimeca que se pintaba las uñas disimuladamente, escondiendo las manos detrás de la máquina de escribir. Richmond hubo de esperar casi media hora a que el procurador despachase al cliente que estaba atendiendo cuando él llegó. Al salir, el cliente resultó ser una rubia de caderas ondulantes.

Clark parecía cansado, vestía de gris y le convenía tomar el sol.

—Usted dirá.

Richmond exhibió su nombramiento y bosquejó el motivo de su visita.

—Sí —asintió Clark—, oí que la radio hablaba de eso. ¿Qué desea usted?

—Que me cuente lo que sepa.

—Será bien poco. Dos sobrinos de Hooker residentes en Kansas City, sus únicos herederos, tramitaron la liquidación de la herencia a través del Banco Nacional Bantham. El Banco tiene una sucursal aquí, para la que yo llevo algunos asuntos. Así se me encomendó la representación de esos señores.

—¿Usted conocía a Hooker?

—No.

—¿Qué puede decirme de él?

Clark se encogió de hombros.

—No debió ser muy escrupuloso, ni muy ordenado ni muy honesto. Las deudas le importaban poco y no tenía inconveniente en no pagar al casero para gastarse el dinero por ahí. Parece que frecuentaba el «Vanity Club», un *dancing* de la calle Diez, y que le gustaban las trigueñas. En su casa encontré cartas y fotos como para montar un archivo. Y montones de botellas vacías: «whisky» escocés del mejor.

—¿De modo que vivía a lo grande?

—Relativamente.

—¿Cómo tenía montado su departamento?

—Era una casita de una planta al comienzo de la calle Lafayette. Pequeña, con un jardín selvático, dentro, algunos muebles buenos, unos cuadros, muchos libros, unos cuantos objetos de valor.

—¿Los que se subastaron?

—Sí. Hice un inventario y pregunté a los sobrinos de qué preferían desprenderse para satisfacer a los acreedores. Procedí según su respuesta.

—Entendido. A esa casa ¿se le notaba solera? ¿O hay que considerar a Hooker como un advenedizo caprichoso?

—Hooker era un hombre indefinible.

—¿A qué se dedicaba?

—Es un misterio que no conseguí descifrar.

—¿No sabe de dónde sacaba el dinero?

—No, no lo sé.

—¿Tenía cuenta bancaria?

—La tenía, y en alguna ocasión rebasó los cincuenta mil dólares. Efectuaba los ingresos de forma irregular, a veces mil dólares, a veces veinticinco mil, siempre en metálico. Luego iba reduciéndola progresivamente. Había en ella sesenta y dos dólares cuando murió.

—¿Cómo murió?

—Creo que de accidente, ignoro los detalles.

—¿Hooker vivía solo?

—Completamente solo. Para la limpieza de la casa estaba abonado a la «Home Service». Y les debía varios meses.

—¿Tenía crédito?

—Sí, crédito sí. A su modo, pagó siempre. Probablemente hubiera pagado también lo que adeudaba, de no haber escapado tan deprisa de este mundo.

—¿Era viejo?

—No, treinta años.

—¿Acaso sacó usted la impresión de que se desenvolvía al margen de la ley?

—Lo pensé, efectivamente, pero no encontré pruebas.

—¿Tuvo usted en sus manos la tabaquera que salió a subasta?

—Sí.

—¿Vio en ella algo de particular?

—Era una cosa linda, antigua y exótica.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Piénselo.

—No necesito pensarlo.

El detective suspiró.

—Bien, estaré parando en el «Hotel Búfalo» lo menos hasta esta tarde, posiblemente más tiempo. Le agradeceré que si recuerda algo que pueda ayudarme, me envíe un aviso. Y gracias.

La taquimeca había ya terminado de pintarse las uñas cuando Richmond abandonó el despacho.

La casita de la calle Lafayette, donde vivió Hooker, ofrecía muy buena apariencia. Había sido pintada recientemente y el jardín, en lugar de selvático, era un bonito cuadro de césped, con macizos de flores, setos cuidadosamente podados, un estanque y una isla de arena. En la isla jugaban dos niños vestidos de azul celeste, con gorros blancos. Un toldo listado cobijaba algunas sillas extensibles, una ocupada por una mujer joven, un poco gruesa, que leía tostándose las piernas al sol.

—Buenos días —la saludó Richmond—. Me han dicho que el propietario de esta casa vive aquí mismo. Desearía hablar con él.

La mujer interrumpió su lectura.

—¿Vende usted algo?

—Soy un detective privado, comisionado especial por el ayuntamiento de Magdalena para la investigación de un caso criminal. No, no se alarme, no es nada que les ataña a ustedes. Únicamente trato de reunir datos sobre alguien que fue su inquilino. Se llamó Hooker.

—¿Hizo algo malo?

—Supongo que no. Es cosa difícil de explicar.

La mujer tuvo una vacilación.

—¡Paul! —llamó después.

Un hombre con el rostro embadurnado de jabón se asomó a una ventana.

—Lo he oído —dijo—. Salgo al momento.

Salió, vestido con un pijama listado, dándole todavía a la brocha. Richmond expuso el motivo general de su visita.

—¿Hooker? —articuló el hombre—. Sí, un caso raro. Salió nadie sabe de dónde, se presentó inopinadamente en la ciudad, alquiló este palacio y se dedicó a vivir sin trabajar. Siempre pensé que, a la larga, se hundiría.

—De modo que vivía sin trabajar. Entonces, ¿de dónde sacaba el dinero?

—Prefiero no saberlo.

—¿De veras no lo sabe? ¿No se dedicaba a alguna actividad irregular?

—Si lo hubiera sabido, le hubiese puesto en la calle. No, amigo,

no tengo la menor idea. Pero gastaba buenos trajes, buenos coches, y fumaba buenos cigarros. Debió de ser listo, ahí está.

—¿De qué murió?

—Le aplastó un coche. Fue una noche, probablemente cuando volvía a casa, y probablemente andando bebido. Nadie se explicó cómo. Le encontraron a un lado de la carretera, ahí detrás, terminada la calle, con un golpazo tremendo y la cabeza rota.

—¿Hubo proceso?

—El coche no apareció.

—¿Usted vio alguna vez la tabaquera de piel y platino, con incrustaciones de esmeraldas, que tenía Hooker?

—Nunca.

—Personalmente, ¿qué tal era él?

—Un tío simpático, pero sinvergüenza, de esos que, al sonreír, le ponen a uno en guardia. No sé qué decirle, no sirvo para describir a la gente. Rose —el hombre se volvió a la mujer—, ¿cómo era Hooker?

—Alto, muy guapo, flaco, de ojos grises, moreno, con una pequeña cicatriz en la frente —dijo ella.

—Ya lo ha oído.

Richmond asintió.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy agente de seguros.

El detective señaló a los niños que jugaban en la isla de arena.

—¿Hijos suyos?

—Sí.

Esto fue todo.

CAPÍTULO XI

A cargo de la Oficina de Tráfico del Departamento de Policía de San Diego se hallaba un sargento de cara mofletuda. Richmond le mostró su nombramiento de comisionado y el hombre lo estudió detenidamente. Luego dijo:

—¿Qué se le ofrece, hermano?

—Hace entre dos y tres semanas —repuso el detective—, un sujeto llamado Hooker fue arrollado por un coche al extremo de la calle Lafayette. Está indirectamente relacionado con un caso de asesinato que investigamos en Magdalena y deseo reunir acerca de él cuantos datos sea posible.

—¿Dice Hooker?

—Sí.

El sargento se retiró, para reaparecer al cabo de diez minutos con una ficha en la mano y un agente pegado a sus talones.

—A Hooker se le encontró ya muerto —declaró—. No hubo modo de localizar el coche culpable del estropicio y el asunto quedó archivado, Miller —señaló al agente— fue quien se ocupó de todo. Él le informará.

—¿A Hooker se le practicó la autopsia?

—Sí —dijo Miller.

—¿Estaba borracho cuando murió?

—Llevaba un poco de alcohol en el estómago, nada del otro jueves.

—¿Estaba borracho sí o no?

—No.

—¿Se profundizó mucho en las pesquisas?

—Hasta el límite. El hecho ocurrió de noche y no hubo testigos. En estas condiciones, poco se podía hacer.

—Yo me refería a Hooker. ¿Quién era?

—Pues alguien llamado Talbot Hooker que vivía en la calle Lafayette, no recuerdo el número. Le identificaron sus vecinos.

—¿Estaba fichado?

—¡No!

—¿Por qué pone esa cara? Hooker era un hombre de posición acomodada, del que, sin embargo, nadie conocía los medios de vida. ¿Se consideró la posibilidad de que su muerte obedeciera a un asesinato?

—Por pura rutina, pero saltaba a la vista que un coche lo aplastó. Cosas así se dan todas las semanas.

—Se puede matar a un hombre lo mismo con un coche que con un revólver.

—¿Tiene usted alguna sospecha concreta?

—Concreta, no.

—¿Entonces...?

—¿Les costaría a ustedes mucho trabajo solicitar acerca de Hooker una información de la policía federal?

—¿Para qué la quiere?

Richmond contó su vaga y deshilvanada historia.

—Todo eso no suena muy consistente —dijo Miller.

—Ya sé que no, pero, ¿no le parece curioso que los dos últimos propietarios de la tabaquera de piel de yacaré murieran violentamente? ¿Eso no le sugiere nada?

—Que la tabaquera está maldita.

—No diga bobadas. Si de algún modo acertáramos a relacionar el extraño fin de Hooker con el asesinato de Ernie Loring, esta investigación se convertiría en la más sensacional del año.

—¿Qué piensa usted?

—Simplemente, trato de encontrar el punto de arranque de una pista donde no parece haber ninguna.

El agente se rascó la nuca, meditabundo.

—Sí que me trae usted un buen lío. ¿De dónde? ¿De Magdalena?

—Sí.

—Bueno, veré lo que se puede hacer. Revisaré el expediente y preguntaré al F.B.I. Vuelva, a lo mejor tengo algo.

—Le llamaré esta tarde.

—De acuerdo.

Richmond pasó holgazaneando el resto del día. Almorzó en el hotel y durmió una larga siesta. Fresco, descansado, al atardecer telefoneó al Departamento y pidió por Miller.

—No hay mucho —le dijo el agente.

—¿Pero algo?

—Sí, algo sí. Talbot Hooker vino a residir a San Diego en 1952 y alquiló la casa que habitaba todavía cuando murió. Se trajo muebles y efectos desde Washington. Vivía regularmente, sin sombras. Su principal expansión estaba en el «Vanity Club». Allí le conocían: gustaba de las aventuras amorosas sencillas, del «whisky» y de los naipes, pero todo en términos discretos. Un buen sujeto, en suma, que no daba que hablar.

—Pero que ingresaba fuertes sumas de procedencia ignorada en

su cuenta corriente.

—Eso significa poco.

—O mucho. ¿Qué más?

—Se acabó.

—¿Se acabó? Pero, ¿y los federales?

—Por lo menos hasta mañana no habrá respuesta.

—Cuerno, ¿y yo voy a perder aquí el tiempo mano sobre mano?

Atiéndame, Miller. Esta noche regreso a Magdalena. Paró en el «Hotel Playa». En cuanto reciba su informe, ¿tendrá la bondad de transmitírmelo?

—¿Su nombre es Richmond?

—Sí.

—Deje que lo anote. Perfectamente, nos pondremos en contacto. Hasta otra, amigo.

Richmond esperó a la hora de la cena y, antes de sentarse a la mesa, le puso una conferencia a Percy Wiggins.

—¿Ha resuelto sus problemas? —le preguntó el viejo.

—Acaso tenga la solución hilvanada. Wiggins, le he llamado para decirle que regreso esta noche a Magdalena.

—¿No es un poco prematuro?

—Eso lo sabrá usted. ¿Cómo sigue Stinker?

—La policía ha andado hoy algo revuelta, pero la sangre no llega al río. Si de veras vuelve usted tan pronto, procuraré calmar los ánimos. Aun así, no le garantizo nada, Richmond. En su lugar, yo esperaría.

—¿Para qué? Me muero de asco en San Diego. Todo lo importante que podía averiguar, lo he averiguado o lo averiguan otros para mí.

—Muy bien, como guste.

Richmond colgó el teléfono, cenó con calma, saldó la cuenta del hotel y emprendió el viaje.

La pista que llevaba a Magdalena a través del desierto era una ruta secundaria y poco concurrida, incluso en las frescas horas de la noche, predilectas del tráfico. El detective, bien arrellanado en su asiento, se dio el gusto de apretar el acelerador a fondo y lanzarse como una bala, de cañón por la línea recta, llana y uniforme, bajo el cielo donde las estrellas refulgían esplendorosamente.

El coche devoraba kilómetros. Para distraerse, Richmond conectó la radio y sintonizó la antena Local de Magdalena. Una voz para él desconocida recitaba un discurso electoral en favor de Digby Dulles. Lo escuchó durante unos minutos, luego se cansó y mudó la onda.

Captó, de pronto, las viejas notas de una canción que le resultaba familiar. Un saxo tenor desarrolló la melodía: «*I can give you anylting but love, baby*». Richmond sonrió.

—Yo solo puedo darte amor, nena —dijo.

El pensamiento era apropiado a Rhea Masters, pero no estaba pensando en Rhea en aquel momento.

Hizo alto después, en un parador para beberse una cerveza, y siguió adelante. Fue ya casi al entrar en Magdalena cuando lo que había de ocurrir ocurrió. La pista allí describía una curva y huía del desierto para adentrarse en una hondonada a la que una cadena, de charcas prestaba cierta fertilidad. A un lado se elevaba un terraplén coronado de pinos y al otro se extendía la mancha negra de unos campos de labor. Lejos, ardía la luz solitaria de una granja.

Encontrándose a mitad de la hondonada, Richmond vio de pronto encenderse un pequeño foco delante de él. El chorro de luz besó el coche, ascendió el parabrisas y, por un instante, le cegó. El detective soltó el acelerador y se aferró al volante.

Entonces sonó un salvaje *staccato* de tiros, casi casi a modo de bramido uniforme, y sobre el coche descargó el enérgico redoble de las balas. Richmond se dio cuenta de que la carrocería reventaba literalmente, de que saltaba el parabrisas, de que el vehículo escapaba a su control. Se agachó, pisoteó el freno y trató de lanzarse hacia los campos labrados. No vio lo que pasaba, pero el coche abandonó la carretera, dio un brinco, otro, otro, torció violentamente, estuvo a punto de volcar y se detuvo.



*Richmond se dió cuenta de que la carroneta
reventaba literalmente,*

Una nueva rociada de proyectiles llegó. El detective pugnó frenéticamente por abrir la portezuela, cuya manija se había agarrotado. Al conseguirlo, se arrojó al suelo y rodó sobre sí mismo hasta encontrar el precario cobijo de unos matorrales.

El arma seguía disparando. Era una pistola ametralladora y el lengüeteo rojo de sus fogonazos aparecía entre los pinos, al otro lado de la carretera. Rápidamente, Richmond desenfundó su «38». Pero no apretó el gatillo. El blanco, se dijo, era hartó improbable, y más le valía ocultar su posición, mantenerse a la expectativa y aprovecharse del curso de los acontecimientos. Lo hizo así, con el

revólver a punto, agazapado en la sombra.

El fuego cesó al cabo de unos segundos. Richmond, que esperaba que el tirador se aproximase para comprobar los resultados de su hazaña, quedó defraudado. En la carretera reinó un largo silencio. Finalmente, el motor de un automóvil roncó. Unos faros se encendieron más adelante, lamieron el terraplén y se alejaron en dirección a Magdalena a enorme velocidad. Su resplandor fue lo único que el detective percibió del coche utilizado por el que pudo haber sido su asesino.

Abandonando su refugio, Richmond se sentó filosóficamente en el parachoques trasero de su despanzurrado vehículo, encendió un cigarrillo y aguardó a que alguien circulase por la carretera.

Veinte minutos después, al divisar su coche, un camión que marchaba camino de la ciudad se detuvo.

—¿Heridos? —preguntó el conductor, desde la cabina.

—No —dijo Richmond— por puro milagro. ¿Puede llevarme a Magdalena?

—Cómo no.

El detective trepó al asiento.

—¿Le parece de veras que no está herido? —añadió el hombre.

—¿Qué ocurre?

—Lástima que no tenga un espejo para verse.

A la luz azulada del salpicadero, Richmond examinó su traje hecho trizas y se palpó la cara. Adivinó que la tenía llena de escoriaciones y que de algunos puntos manaba sangre.

—Ne es nada.

El conductor arrancó. Un cuarto de hora después embocaban la Avenida Central y Richmond se hacía conducir al edificio del «Tribune». Cuando se separó del hombre, estrechándole calurosamente la mano, eran la una menos diez de la madrugada.

Encontró a «Ranita» en su pequeño despacho de la redacción. La muchacha le vio entrar boquiabierta.

—¡Mike!

El buscó un sitio donde sentarse.

—Ha sido un revolcón, nada más —declaró— aunque pudo costarme el pellejo. Alguien me tendió una emboscada en la carretera. A la luz de una linterna identificó mi coche y me vació encima todo el cargador de una pistola ametralladora. Publícalo mañana si quieres. Y, si quieres, envía un fotógrafo al lugar donde ha quedado mi cacharro. El pájaro de la metralleta escapó, y le juro que no fue porque yo no le tuviera ganas. Es curioso. Es «muy» curioso.

—¿Qué es lo curioso? —preguntó «Ranita», descolgando el teléfono.

—Nadie sabía que yo iba a regresar a Magdalena tan pronto, esta misma noche. Nadie, salvo una sola persona.

—Joe —dijo la muchacha, ante el micrófono— trae a mi despacho el botiquín —colgó—. Una sola persona, ¿eh, Mike? ¿Quién era?

Richmond miró al techo.

—Percy Wiggins.

CAPÍTULO XII

Entrada la mañana, Richmond se dirigió al Edificio Mulford y ascendió a las oficinas de la «Wiggins Corporation». La rubia rolliza vestía de azul. Le dedicó una mirada escrutadora.

—Quiero ver al viejo —dijo el detective.

¿Se refiere al señor Wiggins?

—¿Hay otro viejo aquí?

La rubia pestañeó.

—Bueno, no lo tome de ese modo. Espere un minuto.

Richmond aguardó. Cuando le recibió, Percy Wiggins estaba revolviendo con una cucharilla una taza de té. Ponía mala cara, como si le doliera el estómago. El detective experimentó una vaga satisfacción al pensar que la edad le habría secado ya las entrañas.

Wiggins ahogó un bostezo.

—Me ha dicho Sally que venía usted de muy mal humor —declaró.

Richmond vio sobre su mesa un ejemplar del «Tribune», lo cogió y lo desplegó. La noticia del atentado aparecía en primera página, con tres fotos muy detalladas del estado en que quedó su automóvil.

—¿Le gusta esto?

—Claro que no —gruñó Wiggins.

—Pues menos me gustó a mí.

—Se lo previne. Le advertí que su regreso era prematuro, que la policía había andado todo el día revuelta. No me exija ahora responsabilidades.

—Le exijo un cuerno. Usted era el único en saber que yo estaba en camino. Se da cuenta de lo que esto significa, ¿verdad?

Wiggins entrecerró los ojos.

—Richmond, mi úlcera no me deja en paz esta mañana. Por favor, no venga usted a complicarme la vida.

—Si de mí dependiera, le provocaría ahora mismo una perforación intestinal. ¿O no se da cuenta de que le estoy acusando de asesinato frustrado?

—No sea bestia —el viejo se sobresaltó—. Yo no era el único en saber que usted regresaba, todo lo contrario. Le prometí calmar los ánimos. Lo intenté. Anoche cené con Kranz y con Stinker, les di la noticia y les prometí armarla gorda si ocurría algo desagradable.

—Pues ha ocurrido. Ocurrió entre doce y doce y cuarto. ¿Dónde

estaba usted a esa hora, Wiggins?

—En casa.

—¿Tiene testigos?

—Mi esposa.

El detective extendió el brazo a través del escritorio y descolgó uno de los tres teléfonos que Wiggins tenía junto a sí. Marcó un número y esperó. El viejo le observaba enarcando las cejas.

—Con la señora —dijo Richmond. Y luego—. ¿Rhea? Aquí, Mike. Quiero saber una cosa: ¿hay en tu casa una pistola ametralladora? ¿Se la has visto usar a tu marido alguna vez?

—Estás loco.

—¿Sí o no?

—¡No!

—¿A quién utiliza Wiggins como guardaespaldas?

—Jamás ha utilizado a nadie. Oye...

—¿Dónde estaba a las doce de esta noche pasada?

—Aquí, se acostó temprano.

—¿Lo juras? ¿Lo sabes con certeza?

—¿No soy su mujer?

—Supongo que sí —resopló Richmond.

Y colgó.

—¿Queda satisfecho? —preguntó Wiggins burlonamente.

El detective hizo una mueca.

—Rhea es una esposa fiel. Fiel a sus millones, quiero decir. Iré a ver a Kranz y a Stinker —añadió, observando que el rostro del viejo se ensombrecía—. Necesito que me reciban, y de usted depende que lo hagan o no. Confío en que lo harán.

—Váyase al infierno...

—No saque el genio, Wiggins, porque será peor.

—¿Dónde quiere que le reciba Stinker? ¿En el Cuartel Central?

—Me importa poco.

—Allí puede que haya tiros.

—Lo prefiero.

Wiggins suspiró.

—Qué imbécil es usted, Richmond. Tiene mi amistad, tiene mi dinero, tiene mi apoyo, y los echa por la ventana. Luego no se queje si el asunto se le pone feo. Por lo menos, su viaje a San Diego, ¿ha servido de algo?

Richmond se encogió de hombros y, sin responder, abandonó el despacho. Chasqueó los dedos al pasar junto a la rubia.

—El viejo necesitará bicarbonato —dijo.

Salió del Edificio Mulford, cruzó hacia el centro de la ciudad y

se encaminó a la alcaldía. A un joven de rostro alelado, que se presentó como secretario de Kranz, le solicitó una audiencia de este. Cinco personas hacían antesala. El joven, cuando salió, llevó a Richmond aparte.

—Entrará usted en cuanto termine con la visita que atiende ahora —murmuró confidencialmente. Y le miró con cierto respeto—. El señor Richmond, ¿eh?

—¿No le gusta el nombre?

—Oh, sí. Pero no en los periódicos de la oposición.

Richmond sonrió. Cinco minutos después estaba ante Kranz.

El alcalde se mostraba tan pulcro y tan sonrosado, y a la vez tan inquieto, como la antevíspera. Se apresuró a ofrecerle un sillón al detective. También le ofreció «whisky» y tabaco, que Richmond rehusó, para concluir sentándose al borde de su escritorio, balanceando una pierna.

—¿Ha venido usted a reclamar sus honorarios? —preguntó suavemente.

—Sabe de sobra a qué he venido.

—¿Yo?

—Usted se enteró anoche de que regresaba de San Diego. En el «Tribune» ha podido leer detalles del atentado que sufrí. Quiero saber quién lo llevó a efecto.

Kranz se pasó la lengua por los labios.

—Lamentable, muy lamentable; pero, ¿por qué ha supuesto que yo le informaré, Richmond?

—Quizá porque usted mismo lo organizó.

El alcalde permaneció con la cabeza gacha.

—Usted me insulta.

—Sí, le insulto. ¿Qué responde?

—No tengo nada que ver con eso.

—¿Dónde estaba ayer, entre medianoche y doce y cuarto?

Kranz guardó silencio.

—¿No me ha oído? —insistió el detective.

—Creo que no le importa.

Richmond se adelantó y le agarró de la camisa.

—¿Dónde, Kranz?

El alcalde se asustó.

—Oh, bien —balbució— fui a echar una partidita de dados. Hay unos cuantos puntos, viejos amigos, que se reúnen cada noche en «Greenspot». ¿Conoce el lugar?

—No.

—Es un parador sobre la ruta Cuatro, un sitio discreto y lujoso.

Por favor, Richmond, le cuento esto como Comisionado de la municipalidad que es usted. No conviene que se divulgue.

—No le conviene a usted —sonrió fríamente Richmond—. Diga, ¿sus amigos testificarán que se hallaba con ellos a las doce?

—Si yo lo autorizo, sí.

—¿Con cuánto los ha untado?

—¡Richmond!

El detective rio.

—Muy bien, alcalde, ha sabido preparar su coartada. E imagino que atribuirle la propiedad de una pistola ametralladora va a ser inútil. Ya veremos si ocurre igual con sus guardaespaldas.

Kranz tragó saliva.

—No uso guardaespaldas.

—¡Qué falta de precaución!

—Richmond, me imita usted los nervios.

El detective retrocedió hacia la puerta.

—Ojalá, se los irritara hasta hacérselos saltar. Ándese con pies de plomo, Kranz. El atentado de ayer fue un resbalón peligroso.

Kranz le dejó salir sin pronunciar palabra.

Nadie detuvo a Richmond cuando entró en el Cuartel Central de policía, ni mientras subía al primer piso, donde, según el cuadro indicador, el jefe tenía su despacho. Este se hallaba precedido de una oficina donde haraganeaban los agentes con el uniforme desabrochado. Los dos miraron a Richmond y los dos le reconocieron. Uno se puso en pie.

—Avisé a Stinker —le dijo secamente el detective.

El guardia estuvo a punto de replicar, lo pensó mejor y desapareció por una puerta en cuyo cristal translúcido se leía la inscripción: «Jefe superior—. Privado». Al cabo de un momento asomó la cabeza.

—Pase.

Richmond pasó. El agente cerró la puerta y se quedó dentro.

Stinker estaba junto a la ventana, chupando un cigarro, medio deshecho el nudo de su corbata. El ancho y mofletudo rostro le brillaba de sudor. Mantenía los párpados un poco caídos. No dijo nada.

Richmond buscó un lugar donde sentarse.

—¿Le ha prevenido Wiggins de mi visita? —preguntó.

Stinker miraba a la calle. Casi no se le oyó:

—Sí.

El detective se frotó plácidamente las manos.

—Parece que han cambiado un poco las cosas desde nuestra

conversación en el «Hotel Playa», ¿no es así? ¿Qué le parece?

—Si han cambiado no ha sido por mi voluntad.

—Lo supongo. Entre usted y yo está declarada la guerra. Será cosa de ver cuándo uno se lance a la ofensiva.

Stinker arrojó bruscamente su cigarro por la ventana.

—Rueño, ¿a qué ha venido?

—No se haga el tonto, ya se lo ha dicho Wiggins: quiero asegurarme de que fue usted quien ametralló mi automóvil anoche o, si no lo fue, saber a quién delegó para que lo ametrallara.

—¿Ah, sí?

—Como lo oye.

Stinker se congestionó.

—Me asombra su desvergüenza, Richmond. Usted está al cabo de la calle de lo que pasa entre mis hombres. Se la tienen jurada, ha firmado usted mismo su sentencia de muerte. Y todavía protesta si alguno toma la iniciativa de pasaportarle al otro barrio. Creo que les sobran motivos.

—¿Quién tomó esa iniciativa?

—No lo sé. Suponiendo que la tomara, pudo ser uno cualquiera.

—¿Conocían mi propósito de regresar?

—Wiggins me pidió que les soltara, un sermón. Lo hice. Traté de convencerles de que es usted un corderito blanco y hay que dejarle tranquilo. Sospecho que no me hicieron demasiado caso.

—¿Es esa su autoridad?

—Váyase a paseo.

—Stinker, quiero saber dónde estaba usted ayer, entre doce y doce y cuarto de la noche.

—Averígüelo, si es tan listo.

—¿No me lo dirá?

—Ni por asomo.

—¿No quiere ayudarme?

—No.

—¿Se niega a colaborar conmigo en las pesquisas para el esclarecimiento del asesinato de Ernie Loring?

—Me niego.

—¿A despecho de los poderes que me ha concedido Kranz?

—A despecho de todo.

Richmond murmuró una maldición.

—Bueno, luego no chille si ha de atenerse a las consecuencias.

Se volvió bruscamente y tropezó contra el agente que había quedado de guardia en la puerta. De un empujón le envió contra la pared. El hombre, tomado de improviso, se enfureció. Un destello

maligno asomó a sus ojos. Pero cuando parecía a punto de replicar por la violencia, Richmond se le anticipó, alzó el puño y, poniendo en el impulso todo su peso, se lo incrustó en el mentón. El policía se derrumbó como sí, de pronto, se hubiera volatizado su esqueleto.

Richmond apartó el inerme corpachón con el pie y abrió la puerta.

—Me dejaría arrancar una muela sin anestesia por poder hacer esto mismo con usted, Stinker dijo.

Y salió.

El conserje le hizo una seña cuando entraba en el hotel.

—Tuvo usted una conferencia de San Diego hace unos minutos, señor Richmond —anunció—. Dejaron aviso de que volverían a llamar a la media hora. No dieron nombre.

El detective asintió en silencio. A través de la gran ventana del vestíbulo estaba contemplando los veinte carteles iguales, Hijos en el panel publicitario de la acera contraria, todos con la inscripción: «VOTAD A DULLES». Un momento después se dirigió al bar, se hizo servir una ginebra con soda y limón, y tomó el teléfono. Discó el número despaciosamente, con el meñique, mientras una sombra se extendía por su rostro.

—Digby Dulles —dijo, al establecerse la comunicación. Esperó un momento—. ¿Digby? Soy Mike. Sí, estoy bien, gracias, no recibí heridas de consideración. «Ranita» ha hinchado el perro, eso es todo. Atiende, Digby; quiero saber dónde estabas anoche, entre doce y doce y cuarto. Con detalle.

—¿Eh? —dijo Dulles, a media voz.

—He preferido preguntártelo a ti que indagarlo indirectamente.

Hubo una pausa.

—¡Mike! —el tono del candidato a alcalde no denotaba precisamente entusiasmo—. ¿Me vas a acusar de ese atentado?

—Hago una pregunta.

—Sí, en calidad de comisionado municipal. Lo siento infinitamente, Mike, pero no era esa la conducta que de ti podía esperarse. No entiendo lo que te ocurre. Si algún día...

—Digby, ¿dónde estabas ayer a medianoche?

—Eso es insultante.

—¿Dónde, Digby?

—No te importa.

—¿Te niegas a decirlo?

—Sí.

—Lo averiguaré de todos modos.

—Hazlo. Adiós, Mike.

Richmond depositó melancólicamente el aparato en su horquilla.

Iba por la tercera ginebra cuando la conferencia de San Diego llegó. Se la hizo pasar al teléfono del bar y volvió a tomar el aparato. Captó la voz recia y profesional del agente Miller.

—¿Cómo se lo olió usted? —preguntaba.

Richmond apretó las mandíbulas.

—¿Cómo me olí qué?

—Lo de Talbot Hooker. ¿Por qué insinuó que le asesinaron? Diga, ¿habría modo de probar que no fue un accidente?

—¿Qué pasa?

—Hooker era «alguien».

—Vamos, Miller, suéltelo ya.

—Hemos recibido el informe del F.B.I. —dijo Miller—. Hooker dirigía una importante agencia de investigaciones en Washington y trabajó en muchas ocasiones para el Gobierno. La última, fue contratado por el Comité contra las Actividades Antiamericanas. Hubo un escándalo. Hooker reunió mucha información, pero se guardó la que le pareció más importante y la utilizó en beneficio propio. Empezó a aplicar un chantaje a los interesados. Con uno se equivocó: le denunció ante el Senado, y, en consecuencia, fue relevado de su cargo, perdió su licencia y se le obligó a cerrar su oficina. Entonces, marchó de Washington y no ha vuelto. Ni volverá, naturalmente.

—Era un chantajista —murmuró Richmond.

—¿Qué dice?

—Que era un chantajista. Por eso admite usted la posibilidad de que muriera asesinado.

—Exacto. No sería el primero en acabar así.

—Pero no podrá probarse, Miller. Es imposible. Aunque eso no significa que el dato no tenga valor. Yo creo que lo tiene inmenso.

—¿Para ese lío de Magdalena?

—Sí. Deme un poco de tiempo y oírás grandes cosas.

—Celebro haberle sido útil —dijo Miller. Richmond colgó el teléfono y se fue a comer.

CAPÍTULO XIII

En cuanto pasó de Constitución Square al sucio y promiscuo colorido del barrio mejicano, Richmond intuyó que alguien le seguía. Se detuvo, hizo un quiebro, volvió repentinamente atrás, pero no pudo pasar de la intuición a la evidencia. Había en la calle demasiada gente para cerciorarse del hecho. Las aceras se habían convertido en un mercadillo ambulante, estaban llenas de gritos, de movimientos y de olores insólitos. Advertido por un sexto sentido, Richmond adivinó fija en él una mirada extraña. Y nada más.

Con el entrecejo fruncido, entró en el bar de Stephanie Jakobs y le indicó al «barman» que quería hablar con la mujer. Stephanie le recibió en su invariable despacho y en su invariable mecedora, sumida en la eterna atmósfera húmeda, pegajosa y sobrecargada. A causa de lo relativamente temprano de la hora, ni había bebido con exceso ni había abusado aún de la cocaína por lo que su aspecto era un poco más vivaz que en las dos anteriores visitas del detective.

Este se sentó a horcajadas frente a ella, sin haberle dirigido una palabra de saludo. Fue Stephanie quien primero habló:

—Los años no te han dado lo que más necesitas, Richmond —dijo—: sentido común. Es inútil que vengas a visitarme. No sé nada.

Richmond, todavía en silencio, la invitó a fumar.

—Sí sabe —replicó después—. No he venido por capricho. Estoy a sueldo de la municipalidad, de modo que nuestros intereses son, en cierto modo, comunes. Wiggins, a través del alcalde, me ha dado carta blanca. No quiere bajo ningún concepto que el asesinato de Ernie quede impune. En estas condiciones, usted no puede negarme información.

Stephanie, abanicando pausadamente el humo ante su grasiento rostro, le observaba.

—Lo que no puedo es dar lo que no tengo.

—Usted me dijo que la muerte de Ernie estaba relacionada con las elecciones.

—Todo está ahora relacionado con ellas. Richmond no se impacientó.

—Hace algún tiempo —dijo, recalcando las palabras— un detective privado de Washington trabajó para el Comité del Senado encargado de las Actividades antiamericanas. Ya sabe lo que eso significa: investigar los antecedentes de una serie de personas,

husmear en su vida privada, pública y política, pasar por el tamiz a sus amistades, y llegar a la conclusión de que tal o cual tuvieron tratos con elementos, amistad con diplomáticos soviéticos, o que guardan en su casa un retrato de Molotof en traje de baño. Un detective, que se llamaba Talbot Hooker, se comportó de un modo muy antiamericano: se reservó la parte más substancial de lo que había descubierto y la aplicó a chantajear por su cuenta a los otros antiamericanos que había conocido; pero se le descubrió el pastel, tuvo que cerrar el negocio y renunciar a su licencia, se vino al Oeste, trajo sus muebles y efectos consigo y alquiló una casita en San Diego, donde se dedicó a vivir sin trabajar. Por el modo particular con que ingresaba dinero en su cuenta corriente, se comprende que, si bien el Senado le había suspendido en sus funciones de detective, nadie le impedía continuar su chantaje. A costa de esto debió de mantenerse, hasta que tropezó con un cliente demasiado díscolo y lo pagó caro: Hooker murió una noche, cerca de su casa, aparentemente arrollado por un automóvil que desapareció al amparo de la oscuridad. Este modo de morir le induce a uno a pensar instintivamente en un asesinato.

Richmond llamó.

—Quizá —murmuró Stephanie, mirándole a la cara.

—Hooker dejó algunas deudas —prosiguió él, impasible— y para saldarlas se sacaron a subasta pública unos cuantos objetos de su propiedad. Uno de estos objetos era una antigua tabaquera brasileña de piel de yacaré y platino, adornada con cinco esmeraldas, que valía alrededor de cinco mil dólares. Un anticuario de San Diego llamado Seruyan la adquirió. Seruyan se encarga de proveer de trastos viejos a un equipo de coleccionistas millonarios y caprichosos; uno de los cuales es Percy Wiggins. Así, la tabaquera de Hooker pasó a poder de Wiggins hace cosa de tres semanas. Y hace cosa de tres días, con el lote principal de la colección, la robó el tonto de Ernie Loring.

Stephanie expelió una bocanada de humo.

—¿Qué camino estás siguiendo, Richmond?

—He llegado al final —repuso el detective—: Ernie robó la tabaquera y murió asesinado, como, probablemente, había muerto Hooker. Ahora bien, Stephanie, Ernie necesitaba dinero para llevar a cabo la fuga que proyectó con Belle y no quería procurárselo deshaciéndose de una sola pieza de su botín con objeto de no dejar aquí una pista tan evidente. Pensaba recurrir a usted, pedírselo a crédito. Luego huiría a México, vendería sus tabaqueras allí y se lo devolvería con creces. Confiaba en que usted no iba a negarle este

favor, y sin duda estaba en lo cierto. Pero no se lo pidió, no lo hizo, no lo intentó siquiera. Debió de encontrar una mucho más tentadora fuente de recursos—. Richmond se inclinó hacia la mujer—. Suponga que esta fuente fuese el chantaje.

—¿Por qué chantaje? —preguntó Stephanie.

—Suponga que Talbot Hooker, desde San Diego, intentó chuparle los cuartos a alguno de los grandes personajes de Magdalena, y que este personaje no lo toleró y se fue a San Diego y mató a Hooker; suponga que Hooker tuviera él o los documentos con que extorsionaba al pájaro escondido en la tabaquera de piel de yacaré; suponga que Ernie, inspeccionando la tabaquera, los encontró, y precisamente en un momento en que le venían ni pintados para procurarse la pasta que necesitaba; suponga que intentó procurársela; suponga, en fin, que el personaje, celoso de su prestigio ante la inminencia de las elecciones y ya escarmentado por Hooker, fue y se lo cargó. Esta, Stephanie, sería la historia.

La mujer arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

—Es mucho suponer, Richmond.

—Es ver las cosas con claridad. La muerte de Ernie Loring, en principio, parecía perfectamente inútil; ahora resulta tan lógica que uno piensa que lo raro sería que el muchacho continuase vivo. Pero —. Richmond cerró los puños— falta saber a qué persona quiso él aplicar el chantaje. ¿Al propio Percy Wiggins? ¿A Stinker? ¿A Kranz? ¿O acaso a Digby Dulles?

—¿También incluyes a tu amigo Digby?

—¿Por qué no? Él tiene tanto que perder como los demás, Stephanie —la voz de Richmond se endureció— usted conoce a esa persona. La conmino a que me diga su nombre, o Dios sabe lo que va a pasar en la ciudad.

—No la conozco.

—Por lo menos, sospecha quién es.

—No.

—¡Stephanie, no haga que me vuelva loco!

—Lo estás ya. No pierdas los estribos, Richmond. Te advertí cuando entraste que venir a visitarme era inútil.

—Vieja bruja —dijo el detective ¿No siente asco de sí misma? ¿No ha pensado nunca que fue una suerte que su hijo muriera? ¿No ha pensado que él no merecía una madre como usted?

La mujer se estremeció.

—Vete, Richmond.

Richmond se puso bruscamente en pie.

—Me iré, ya lo creo que me iré. Pero oiga una cosa, estúpida.

Cuatro hombres han muerto violentamente desde que regresé a Magdalena, y la fosa está abierta todavía. Un quinto hombre caerá. Se lo juro. Puede que sea el asesino de Ernie, puede que sea yo. En ambos casos, esta muerte pesará sobre su conciencia. Por esto me suplicó usted que no muriese nadie más, ¿verdad, Stephanie?

Stephanie tenía cerrados los ojos.

—Lo hice por ti.

—¿Tanto le importo?

—Enviaré flores a tu tumba.

—Stephanie, por última vez, ¿no quiere hablar?

—No.

—Dígame, al menos, si es cierta la historia que le he contado.

La mujer abrió los ojos.

—Podría serlo —replicó.

Cuando se encontró de nuevo en la calle, Richmond sudaba. Un mendigo se le aproximó, salmodiando en castellano una letanía quejumbrosa, y le rechazó de un empujón. Él mendigo pasó de lamentarse a maldecirle. Richmond se alejó entre la gente, nervioso, tensos los músculos, acalorado e inquieto. La atmósfera pestilente del barrio mejicano le agobiaba.

Y de pronto, yendo camino de Constitution Square, volvió a experimentar la punzante sensación de que estaban fijos en él unos ojos hostiles. Se detuvo y miró en torno. Nadie. Ni una cara conocida entre la multitud. Absolutamente nadie.

Prosiguió despacio su camino, alerta, volviéndose, atento a todo. En vano. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

En un bar de Constitution Square hizo otro alto, bebió una ginebra con hielo y soda y, a través de la puerta, estuvo observando el exterior. Nadie de nuevo. Richmond se maldijo a sí mismo y se esforzó por concentrarse en la realidad.

Si su hipótesis era cierta y Ernie Loring había encontrado en la tabaquera de Hooker algo con que aplicar un chantaje a alguno de los personajes de la política municipal, la desaparición del objeto, en cierto modo, se explicaba. Richmond reflexionó. Dos cosas pudieron ocurrir: o bien el asesino se llevó la tabaquera y no se atrevía o no había encontrado oportunidad aun de devolverla, o bien Ernie la puso a buen recaudo en previsión del daño que iban a sufrir y que acaso presintiera en un rapto de lucidez. En el primer caso, la tabaquera, tarde o temprano, reaparecería: cuando el asesino se creyese ya en seguridad; en el segundo, ¿dónde estaba?

Richmond pagó la ginebra, salió y tomó un taxi. Se hizo conducir al estudio de Harry Hathaway, en la calle Dalton.

Hathaway, al parecer, no había todavía regresado de Los Ángeles. La puerta superior del estudio estaba cerrada y sellada por la policía, Richmond, plácidamente, rompió los sellos, forzó la cerradura y entró.

Pasó en el estudio una hora y cuarto, y en este tiempo lo registró minuciosamente, tanteando hasta la solidez del suelo, el techo y las paredes. Cuando acabó, ni la tabaquera había aparecido ni tenía la más leve pista acerca de dónde la podía encontrar.

Le quedaba una única esperanza: el departamento de Belle Mason. Era descabellado, era absurdo, porque, de haber hallado la tabaquera y su contenido en poder de la muchacha, esta no se hubiera suicidado sin vengar primero a Ernie. No obstante, Richmond consideraba la posibilidad de que la tabaquera estuviera allí «sin que Belle lo supiese». De algún modo, por alguna razón, pero allí.

Otro taxi le llevó a Fairview 123. Preguntó al portero: del departamento 84 había sido retirada la vigilancia y se iba a proceder a su limpieza para alquilarlo nuevamente. No se había tocado nada aún. Richmond mostró su nombramiento y pidió la llave. El portero titubeó y se la dio.

En el recodo que a la izquierda formaba el vestíbulo, junto a la puerta del ascensor, el detective vio el casillero de la correspondencia, ordenado por departamentos. Se aproximó. Fueron la curiosidad y un poco el hábito profesional los que le hirieron examinar el número 84. Se quedó inmóvil. En la casilla 84 había una carta.

La cogió. Estaba dirigida a Belle Mason. Rasgó el sobre.

Ernie Loring había escrito, con su letra recia y redonda, poco antes de morir:

«Un golpe de suerte me ha solucionado el problema del dinero. Espero una visita y confío en que no habrá otra dificultad que la de retrasar un poco la marcha, pero por lo que pueda ocurrir, te envío la papeleta adjunta. Vale mucho más de lo que parece. Guárdala hasta que te avise. Estoy en el estudio de Harry y no es conveniente que me deje ver, aunque pronto tendrás otras noticias mías».

De entre los pliegues de la carta, Richmond extrajo la papeleta mencionada en esta. Era el resguardo del alquiler de un compartimiento en la Caja Postal número 3.

Los ojos estaban otra vez fijos en su nuca.

Richmond dio un respingo, sintiendo en su espalda un hormigueo helado. La sensación le había acometido con una intensidad punzante. Pero, antes de que atinara a volverse, oyó muy claro un breve jadeo, un rumor de pasos, un susurro. Luego, un objeto duro le golpeó el cráneo.

Richmond se desplomó sin haber ni entrevisto quién le atacaba.

CAPÍTULO XIV

El portero torcía la boca en una mueca desagradable.

—Eh —hizo.

Richmond le miró estúpidamente. Detrás del hombre, dos mujeres gruesas le contemplaban con asombro.

—¿Qué ha pasado?

—Eso es lo que yo quisiera saber. Levántese.

Un latigazo de dolor en el cráneo le devolvió al detective la memoria: alguien a su espalda, unos pasos, un golpe. Se incorporó y se puso trabajosamente en pie, sin que ni el portero ni las mujeres le prestasen la menor ayuda.

Se tambaleó. No tenía la cabeza clara. Le fallaban las piernas.

—¿Quién entró detrás de mí? —preguntó.

El portero se encogió de hombros.

—No vi a nadie. Fui a buscar tabaco. Al volver, esas señoras le habían encontrado, ahí, en el suelo.

—¿Había alguien conmigo?

—No —repuso una de las mujeres.

—¿En el vestíbulo? ¿En la puerta?

—Nadie.

Richmond se miró las manos, vacías, y luego miró en torno.

—¿No vieron una carta? Yo tenía una carta... ha desaparecido...

—No vimos nada.

El detective se dirigió al portero:

—¿Sabía usted que había una carta en la casilla de la señorita Mason?

—No me ocupo de las casillas.

—¿La policía no la encontró?

—Tampoco me ocupo de la policía.

Richmond echó a andar.

—Muy bien, gracias por su ayuda.

Salió a la calle sintiéndose el cerebro lleno de niebla. A través de la niebla, a intervalos, una idea parecía destellar: Caja Postal número 3... Caja Postal número 3... Caja Postal número 3... Alguien estuvo siguiéndole toda la tarde, con la oportunidad suficiente para arrebatarse la prueba capital de su investigación en el instante preciso que la encontraba. Ahora sabía que no se equivocó: Ernie Loring guardó la tabaquera en lugar seguro. Y con ella, su

contenido.

Paró un taxi.

—Caja Postal número tres. Deprisa.

Tuvo suerte: solo la premura del tiempo y lo expuesto del lugar impidieron que el que debió ser el asesino de Hooker y Loring cometiera su tercer asesinato. Richmond sonrió. Mucha suerte. Siguió sonriendo, pero sin la menor alegría.

Cuando el taxi se detuvo frente a la Caja Postal comprendió el detective por qué Ernie Loring se había servido de aquella oficina para sus propósitos. Doblaban la esquina, a cincuenta metros escasos de allí estaba el 544 de la calle Dalton, donde Harry Hathaway tenía su estudio.

—Espere —dijo Richmond al conductor.

Se apeó. Un cerco de dolor le oprimía la cabeza. Mientras trasponía las puertas giratorias, se preguntó si habría llegado tarde. De ser así, todo había ya terminado. Definitivamente.

A la izquierda, un rótulo rezaba «Estafeta»; otro, a la derecha, «Caja Postal». Bajo el segundo se iniciaba un pasillo de cemento, sin ventana, gris, iluminado por un tubo fluorescente. Richmond paso a paso, se metió por él.

Simultáneamente, en el extremo opuesto, un hombre apareció.

Ambos se vieron a la vez, como si un golpe de *gong* los hubiera avisado. El hombre se detuvo. Richmond también, pero al momento, ligeramente encorvado, con los nervios de punta, sin prisa reanudó su avance.

El hombre le dejó recorrer un par de metros. Luego hizo un movimiento brusco y sacó un revólver de entre sus ropas.

—¡No sea loco! —exclamó el detective.

El hombre disparó pero al tiempo que Richmond saltaba. La bala silbó ruidosamente al rebotar en el cemento. Silbaba aun cuando ya el detective había desenfundado su «38».

El hombre, sin embargo, era rápido: volvió a disparar. Una segunda bala no silbó, porque Richmond la sintió incrustarse en su carne. El impacto alteró su equilibrio, dio un traspié y cayó.

El choque del cemento contra su rostro le hizo recobrar conciencia absoluta de la realidad. Era el fin. Desde la caprichosa llamada telefónica de Rhea Masters, por el robo de las tabaqueras de Wiggins, el asesinato de Ernie Loring, el suicidio de Belle Mason, la muerte en el desierto de los dos policías y el atentado de que fue víctima en la carretera, había llegado a la solución del caso, en cierto modo, más importante de su vida. Muchas cosas se hallaban involucradas en él: su ciudad natal, los agrios recuerdos de las

postguerra, los negocios inconfesables de Stephanie Jakobs, el equipo político impuesto al municipio por Percy Wiggins, la mujer de Percy Wiggins, Digby Dulles y las elecciones. Y «Ranita» Grant, por descontado. Todo esto pesaba lo suyo.

Pero ahora descubriría, de pronto, que la fosa que él mismo cavó estaba abierta a sus pies, como una ventana al lúgubre paisaje de la muerte.

Richmond oprimió el «38» en su mano y le dio al gatillo. Una vez, otra, otra. Tendido en el suelo, vio cómo el hombre se estremecía, le oyó chillar. Otra vez al gatillo, otra aun. El hombre hizo una extraña zapateta, y su corpachón ventrudo se derrumbó. En cosa de un segundo o dos quedó absolutamente inmóvil sobre el cemento.

Alguien hacía sonar un silbato. Richmond se levantó. Recorrió el pasillo como un borracho, solo para llegar junto al hombre y volvedle la cara con el pie.

Era Stinker y estaba muerto. Su mano izquierda estrujaba una tabaquera de piel de yacaré, platino y esmeraldas.

Richmond, gimiendo, se dobló y poco a poco fue acostándose sobre el cadáver del jefe de policía.

* * *

La enfermera se aproximó al lecho a pasitos cortos.

—La señorita Grant desea verle —anunció.

Richmond abrió los ojos.

—Que pase.

Volvió la cara para ver entrar a «Ranita». Sonrió. El vestido azul de la muchacha valorizaba su rubio cabello, su cutis tostado, su luminosa dentadura, su aire juvenil. Expandía un tenue perfume. Richmond creyó vislumbrar dentro de ella la niña que, años antes, jugaba en el jardín de la casa vecina, y sintió una punzada de felicidad.

«Ranita» le acarició suavemente una mejilla, cogió una silla y se sentó.

—¿Cómo fue la extracción? —dijo.

Richmond movió la cabeza afirmativamente.

—Bien. Podré guardar la bala como recuerdo.

—Sí, y la haré fotografiar y la sacaré en la edición de mañana —la muchacha tomó un ejemplar del «Tribune» que llevaba bajo el brazo y lo desplegó—. Mira, Mike.

El detective vio unas grandes letras: EXTRA. Luego, un titular a toda página:

Y el subtítulo:

«MIKE RICHMOND LE MATA TRAS DURA LUCHA, RESULTANDO HERIDO GRAVEMENTE».

—¿Qué hora es?

—Las diez.

—¿De la mañana?

—De la noche. Mike, ¿no tienes nada que declarar? ¿Cómo fue que desenmascarases a Stinker? He reconstruido aproximadamente los hechos basándome en la tabaquera y en las dos cartas que contenía, pero tú no sabes el esfuerzo que me ha costado.

—¿Dos cartas?

—Dos cartas ocultas entre la tapa y el forro. Sensacionales, Mike. Las firmaba el propio Stinker. Desde 1944, según se desprende, pertenecía al Partido Comunista clandestino. Hoy, revelar esto, equivale a arruinar la carrera política del más encumbrado. Ha sido un golpe terrible para la candidatura que patrocina Wiggins. Mira, aquí reproducimos las dos fotocopias.

Richmond contempló pensativo el periódico.

—Fue una casualidad —dijo. Y a continuación relató los hechos tal y como se los había expuesto a Stephanie Jakobs—. Una casualidad —repitió después, observando cómo «Ranita» tomaba febrilmente notas—. Ernie Loring, prudentemente, se deshizo de la tabaquera y su contenido en tanto llegaba a un acuerdo con Stinker. Los depositó en la Caja Postal próxima al refugio que se había buscado y le envió el resguardo del compartimiento a Belle Mason. Belle nunca lo recibió: se suicidó antes, aquella misma noche. La carta quedó en el casillero del vestíbulo de su casa, hasta que yo la encontré. Pero Stinker había estado siguiéndome toda la tarde, se le presentó una ocasión y la supo aprovechar. Si el golpe que me dio hubiera sido suficientemente fuerte para dejarme sin conocimiento dos o tres minutos más, se hubiera salido con la suya. No ocurrió así y está muerto. Tanto mejor. Era él o yo, cara o cruz. Porque Stinker tenía un motivo mucho más poderoso que el simple miedo a las elecciones para querer expulsarme de la ciudad, para ordenar a Willard y Flanagan que me dieran una paliza y, por último, para tenderme una emboscada a mi regreso de San Diego; este motivo era el horror, primero, a que yo me pusiera al servicio de Digby y descubriera lo que ya había costado un asesinato ocultar, y segundo

a qué llegase a acusarte de la muerte de Ernie. De lo contrario, su conducta más lógica hubiera sido la misma que siguió Wiggins: utilizar en provecho propio la popularidad que el «Tribune» me había creado. Wiggins prefirió jugárselo todo a una carta que mantener una situación con la que su equipo electoral se hundía en la vergüenza. Ha perdido, pero hubiera perdido de todos modos y así tenía una posibilidad de ganar. Me gustará oír lo que Rhea dice a esto. El dinero no entrará ya en las arcas de su marido como entraba antes.

«Ranita» señaló el periódico.

—Da una mirada a la última página.

Richmond obedeció. En la última página aparecía una foto de Rhea, deslumbrantemente hermosa, bailando con un hombrecillo flaco, arrugado, mal vestido, de largo cabello blanco y cara de ratón.

—Es Malcolm Wallis, el rey de Has naranjas —añadió la joven—. Está pasando unos días en la ciudad y Rhea le hace los honores. Wallis dobla en millones a Wiggins. Se mascan un divorcio y un nuevo matrimonio, Mike.

Richmond hizo una mueca y, como a su conjuro, la enfermera asomó.

—Un obsequio para usted —dijo—. Unas flores. Hay una tarjeta.

El detective leyó la tarjeta mientras le entraban un gran ramo en la habitación. Luego la pasó a «Ranita».

«Prefiero no haber tenido que enviártelas a la tumba.

—Stephanie».

—Stephanie Jakobs lo sabía o lo sospechaba todo —declaró él— pero no hubiera hablado jamás. Stinker era su protector. Con otro en su puesto, sus puercos negocios hubieran terminado. Y para Stephanie, excepto sus negocios no hay nada en el mundo. Si yo fuera jefe de policía y me propusiera limpiar la ciudad, comenzaría por barrerla a ella sin importarme la polvareda que se levantara.

«Ranita» enderezó la cabeza.

—¿Por qué no?

—¿Porque no qué?

Ella consultó su reloj.

—De un momento a otro vendrá Digby. Quiere pedirte perdón por no sé qué ofensa te ha causado y ofrecerte la jefatura de policía, para cuando gane las elecciones. Y tú aceptarás, Mike. Esta es tu ciudad, te necesita, te debes a ella, te...

—También me ofreció eso Wiggins, y rehusé.

—Wiggins no es Digby.

Richmond sonrió.

—Ven acá, «Ranita».

La muchacha se inclinó sobre él.

—¿Qué quieres?

Richmond habló casi sin expresión:

—Cazar osos contigo hasta que nos caigamos de viejos. Lo demás no me importa.

Ella se quedó boquiabierta.

—¡Mike! ¿Eso es...?

—¿Una proposición matrimonial? Pues ya lo creo.

—¿Y la jefatura...?

—¿Tú que dices?

—Oh... —suspiró la muchacha.

Apenas transcurrido un minuto, la comisión electoral, con Digby Dulles al frente, entró en la habitación. Y el «flash» del fotógrafo que les acompañaba grabó para la posteridad el beso más extraordinario que jamás haya distribuido la «Associated Press».

F I N



*La muerte había saludado al submarino desde
la superficie de las aguas...*

*La muerte le había marcado con su huella...
¡Convirtiéndolo en un ataúd flotante!*

TRAGICA HERENCIA

es una soberbia novela de intriga y acción que
comienza en un submarino que no puede
volver a la superficie y en donde un asesino
maquina sus últimos proyectos...

TRAGICA HERENCIA

que aparecerá en el próximo número de la
gran Colección

SERVICIO SECRETO

es una novela digna de su autor:

¡ALAR BÉNETH!

¡No deje de adquirirla la próxima semana!

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

- Núm. 367 - María Lar
- LA NIÑA BONITA
- Núm. 368 - Corín Tellado
- ¿CUAL DE LOS CUATRO?
- Núm. 369 - Trini de Figueroa
- ESPEJISMO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

- Núm. 207 - Matilde de Redón
- TULIPANES ROJOS
- Núm. 208 - A. Pino de Cuadra
- SOLO UNA NOCHE
- Núm. 209 - Luis Masota
- SIN ORGULLO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN BISONTE

- Núm. 308 - Chas Logan
- EL JUEZ ERRANTE
- Núm. 309 - Raymond Pratt
- VIVIENDO DE PRESTADO
- Núm. 310 - Fidel Prado
- LA EMBOSCADA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

- Núm. 172 - Vic Peterson
- ESPECTROS EN LA BOLERA
- Núm. 173 - Bruno Shalter
- LA FOSA ESTA ABIERTA
- Núm. 174 - Alor Benet
- TRAGICA HERENCIA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN MADREPERLA

- Núm. 263 - Amparo Lara
- SENTENCIA DEL CORAZON
- Núm. 264 - Isabel Solueña
- EL HOMBRE DE SU AMOR
- Núm. 265 - Alicia Larrendi
- NO TE PERDONARE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

- Núm. 93 - Sergio Duval
- AMOR PROHIBIDO
- Núm. 94 - Mario Matti
- ESCLAVO DE UNA QUIMERA
- Núm. 95 - Matilde Redón Churona
- BAJO LA LLUVIA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN BUFALO

- Núm. 2 - Raf Segrram
- LA VENGANZA DEL MULATO
- Núm. 3 - Tex Taylor
- A TIRO LIMPIO
- Núm. 4 - Alone Gregory
- INTRIGA EN EL RANCHO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

- Núm. 46 - Maria Adela Durangó
- SE HA ABIERTO UNA VENTANA
- Núm. 47 - Trini de Figueroa
- THASWA
- Núm. 48 - Corín Tellado
- UNA CHICA DECIDIDA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Volúmenes recientemente aparecidos.

Volúmenes de próxima aparición

Printed in Spain



Precio 5 ptas.